





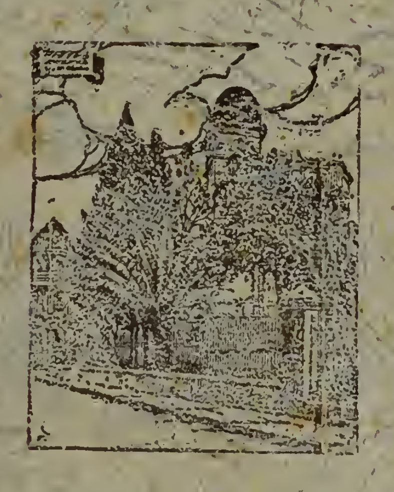


BIBLIOTECA ALDEANA DE COLOMBIA

SERMONES Y DISCURSOS

POR

JOSE VICENTE CASTRO SILVA

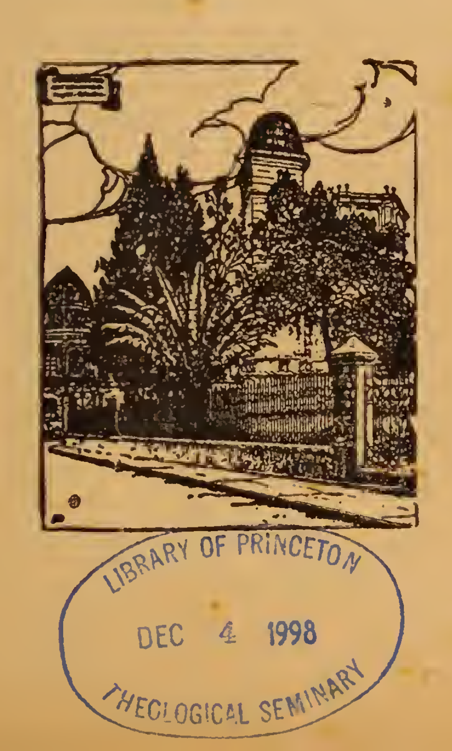




BIBLIOTECA ALDEANA DE COLOMBIA

ORADORES SAGRADOS DE FIN DEL SIGLO

(JOSE VICENTE CASTRO SILVA: SERMONES Y DISCURSOS)



SELECCION SAMPER ORTEGA DE

LITERATURA COLOMBIANA

PUBLICACIONES DEL

MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

EDITORIAL SELECTA

1937

DON JOSE VICENTE CASTRO SILVA

El doctor Castro Silva, sin duda alguna el más célebre orador sagrado contemporáneo, nació en el barrio de las Nieves de Bogotá el 1º de marzo de 1885 del matrimonio de don José Vicente Castro con doña Eufrosina Silva.

Su biografía, como de hombre en quien desde de temprano apuntó la vocación sacerdotal, carece de incidentes: cursó bachillerato en el colegio de los Hermanos Cristianos; pasó al Seminario Conciliar, donde inició sus estudios eclesiásticos bajo la sabia y experta dirección del grande educador y eximio patriota que fue el canónigo don Manuel María Camargo, fundador del asilo para niños desamparados de San Antonio. De allí fue al Seminario Pío-Latino de Roma, en 1904, y en 1908 recibió además de las órdenes sagradas el doctorado en derecho canónico.

Restituído a Bogotá, como clérigo suelto, sirvió por algún tiempo la capellanía de la "Sopa de San Vicente" y en el Seminario estuvo enseñando latín, teología dogmática y derecho canónico. En 1924 le hicieron tesorero del Capítulo Metropolitano. Colaboró en diversos periódicos, sobre todo en "La República", "El Catolicismo" y "El Nuevo Tiempo," y en "Santafé y Bogotá" y la "Revista del Colegio Ma-

yor de Nuestra Señora del Rosario," órgano este último donde casi exclusivamente se encuentra su densa producción literaria desde 1930, fecha en que se le encargó de la dirección del plantel, en reemplazo de monseñor Rafael María Carrasquilla.

El doctor Castro Silva es, con todo, mejor para leído que para escuchado. Domina admirablemente el castellano, pues conoce a fondo los clásicos, y su estilo, claro y elegante, es rico en bellas metáforas y giros deslumbrantes; todo esto imprime a su prosa un aire señorial, color y luminosidad. Pero estas condiciones se pierden un tanto cuando es preciso escucharlo, pues aunque posee una magnífica voz, el oyente experimenta sensación de angustia debido al diapasón a que la levanta, y, quiera o no quiera, tiene que apartar a ratos la atención de los conceptos para situarla en los ademanes con que, dejándose llevar del calor de su elocuencia, adorna él sus discursos. Estos pequeños reparos no quitan, desde luego, el que el doctor Castro Silva se considere hoy unánimemente como el que más se señala en el campo de la oratoria dentro del clero colombiano; y ello obedece a que, a las excelentes condiciones de su prosa, hay que sumar su cultura en letras humanas y divinas, que es muy vasta; en filosofía y aun en ramos que el público de Bogotá no sospecha siquiera, como por ejemplo el orientalismo, a cuyo estudio ha aplicado el doctor Castro Silva muchas de las mejores horas de su vida, y cam-

po en el cual disfruta de amplio crédito en países más cultos que el nuéstro, especialmente en Francia.

Al lado de sus oraciones académicas y religiosas el doctor Castro ha cultivado el cuento y la leyenda, demostrando grandes facilidades de narrador y dialoguista y una exquisita gracia. Ninguna de sus producciones de esa clase ha sido publicada con su nombre sino bajo el seudónimo anagramático de **Luis Soracta.** Ellas solas bastarían, sin embargo, para asegurarle lugar prominente en la historia de la literatura colombiana; es de lamentarse que su carácter sacerdotal lo limite a señalados temas y contenga en él la libre manifestación de conceptos traviesos, que con dificultad puede refrenar: de otra suerte, el doctor Castro Silva sería hoy uno de nuestros mejores cuentistas.

Aspecto desconocido también en su atrayente personalidad es su conversación, realzada por sus maneras, dignas de un cardenal renacentista; cuando se franquea, aquello es un torrente de imágenes, paradojas, frases chispeantes, que se suceden unas a otras sin esfuerzo, con la misma vivacidad de sus ademanes y de sus mutaciones de tema.

Allá por los años de 1922 a 27 el doctor Castro, que aun no tenía sobre sus hombros la responsabilidad que hoy le apareja el gobierno del Colegio Mayor ni había adquirido todavía como orador el dilatado prestigio de que hoy disfruta, solía

frecuentarnos en nuestra casa a eso del toque de ánimas: un cordial, apretón de manos, fuego a sendos puros, dos acogedoras butacas y alguna pregunta que fijaba el tema de la conversación:

"—¿En qué momento supo Cristo mostrarse más humano?" Muy pocos podrían contestar a esta pregunta, porque las Sagradas Escrituras, tan manoseadas y leídas, no suelen ser escudriñadas con sentido estético.

Ayer, precisamente, releía yo aquel pasaje en que se refiere la primera conversación de Cristo con la Magdalena. Consignan los Santos Libros un detalle que dice más, mucho más que varias páginas explicativas acerca del finísimo sentido de humanidad del Señor: mientras la Magdalena exponía abochornada su pasado, Cristo, los ojos bajos, teñidas de leve rubor las mejillas, fingiéndose distraído, con la vara que tenía en la mano trazaba signos y figuras en la arena, cual si su espíritu se hallase lejos, muy lejos, de la adolorida narración. "¿Cabe mayor misericordia, mayor delicadeza en la actitud del Dios que escucha y que perdona, o habrá, entre las creaciones del arte humano, una escena de tan nítida elocuencia y de tan imponente sencillez?..." Y así, por horas y horas, el doctor Castro nos iba exponiendo con velada sabiduría y con alma de poeta, las impresiones de sus lecturas. Aquéllo no eran propiamente conversaciones: eran conferencias de extraordinaria amenidad

y provecho para su auditorio, compuesto de una sola persona, en el tibio y recatado recinto de una librería adonde no llegaban los ecos de las pasiones que, afuera, rodaban sobre la humanidad como el agua de los arroyos sobre su cauce de guijarros.

La inteligencia del doctor Castro Silva se encuentra en el preciso límite de la normalidad y la locura: un adarme menos, y sería la inteligencia de un hombre superior sí, pero igual a la de otros hombres superiores: un adarme más, y entraríamos en el reino de la locura. A él mismo le debemos una excelente descripción de esa frontera, que es casi una autobiografía mental: nos referimos a su discurso de recepción en la Academia Colombiana, que versó sobre El Quijote.

En las postrimerías del siglo último Colombia conquistó renombre universal de país humanista, gracias a Cuervo, a Caro y a Suárez, para no hablar sino de los más eminentes. El vértigo de la vida moderna, la lucha por la vida y mil causas más, que sería prolijo enumerar, auguran el final de ese renombre que nos ha distinguido entre los demás pueblos de América. Pero, gracias a Dios, aun viven Gómez Restrepo y Guillermo Valencia, y detrás de ellos se encuentra en plena madurez José Vicente Castro Silva, a quien nadie será osado a negar el título de mayorazgo de esa casona de nuestro prestigio intelectual, donde todavía se hace cantar a Carducci con renovados bríos y donde perfuman las más exóticas flores del lejano Catay.



ORADORES SAGRADOS DEL FIN DEL SIGLO

DISCURSOS

por

JOSE VICENTE CASTRO SILVA

Por un nuevo régimen mental

(Discurso pronunciado en la clausura de estudios en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario en el año de 1930).



I

La índole peculiar del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, resulta del fin que le señaló su fundador y de los medios principalísimos con que lo dotó en vista de aquel fin.

Para definirle puntualmente y de manera que toda tergiversación se haga imposible, es preciso atenernos a las palabras mismas del ilustrísimo señor maestro fray Cristóbal de Torres. Dice él en sus Constituciones, que entiende por "Colegio Mayor una congregación de personas mayores escogidas para sacar en ellas varones insignes, ilustradores de la república con sus grandes letras y con los puestos que merezcan con ellas, siendo en todo el dechado del cultivo divino y de las buenas costumbres, conforme al estado de la profesión" (Título II).

Varones insignes por sus letras y costumbres, es lo que pretende sacar fray Cristóbal de este Colegio Mayor. Y si respecto de las costumbres no podía señalar otra norma que la que señaló, es a saber, la estricta moral cristiana, tal como la enseña y propone la Iglesia Católica, respecto de las letras determinó que nos guiásemos por la doctrina de Santo Tomás de Aquino, no sólo para seguirla, mas

para "sacarla fuera y hacer en ella y las demás facultades varones consumados" (Título III capítulo I).

Y precisó todavía más fray Cristóbal el fin de su Colegio, cuando en el título IV lo definió como "seminario de la doctrina de Santo Tomás y sus colegiales imágenes formadas a la semejanza del Santo Doctor Angel."

De esta manera particular y no de otra quiso el sabio fundador que su Colegio realizase aquel ideal supremo de toda institución que tenga por objeto instruir y educar a los hombres, ideal que podría expresarse diciendo que es la formación y disciplina de la vida y del entendimiento.

Que a todo ello le hubiera dado como norma perpetua la doctrina de Santo Tomás de Aquino, no ha de extrañarlo nadie. Porque primeramente muy dueño era fray Cristóbal de Torres de instituir un colegio para que en él se diese determinada enseñanza y se promoviese y conservase aquella ideología especial que el fundador estimaba —y con harta razón— saludable y fecunda. Como los modernísimos fundadores de institutos y facultades, fray Cristóbal apartó de sus propios bienes cuanto fue necesario para el afianzamiento y dotación del Colegio Mayor. Y así aun descontando las miras nobilísimas que determinaron a fray Cristóbal en esta fundación, y suponiendo que la hubiese hecho para proseguir cualquier otro empeño, honesto pero de

muy inferior categoría, ya sería una injusticia notoria y un atropello patente el darle a este Colegio Mayor fin distinto del que le prefijó su creador.

Por otra parte, nada hay que no sea loable y muy sabio en el intento del reverendísimo señor Torres. Si en otros tiempos fue lugar común el menosprecio y vilipendio de aquella "sabiduría perenne" que se encierra en la filosofía escolástica, y señaladamente en las obras del doctor de Aquino, hoy sería hasta inoficioso ponderarla, visto que en los más grandes y auténticos centros de cultura, ortodoxos o no, es estudiada y reconocida como un genuino sistema de dirección humana, así en lo individual como en lo social. Advirtamos de pasada que el raudal tomístico se integró con el saber de Aristóteles, el más sutil y el más universal de los ingenios de Grecia; con la doctrina de San Agustín, cuya pujanza espiritual logra espléndidos renuevos al cabo de mil quinientos años; con la sagaz investigación de la naturaleza que le dio al Magno Alberto puesto de honor y primacía entre los escudriñadores de la fuerza y de la vida; y notemos también que de Santo Tomás arranca toda una serie de maestros que han dejado huella perdurable, y tan luminosa como perdurable, en las ciencias a que se aplicaron. Así Suárez el eximio en el derecho internacional; así el cardenal Mercier, cuando se puso a la tarea de armonizar las intimidades de las ideas tomísticas con las revelaciones de las ciencias positi-

vas; así en otra esfera M. Blondel, al interpretar sagazmente la filosofía de la acción.

Sirva esto para explicar el fin que fray Cristóbal de Torres le dio a su Colegio. En cuanto al medio principal con que lo dotó, dos solas palabras lo definen: la autonomía y el patronato.

La autonomía, que es potestad de regirse a sí mismo, proviene de la suficiencia y abastecimiento de bienes con que atiende a la ejecución de su estatuto original. Por lo cual advierte fray Cristóbal que las haciendas y propiedades "han sido honradas por las divinas letras con el nombre de substancias, por ser la fortaleza fundamental de las comunidades" (Título IV, punto segundo). Y conformándose con este principio, hoy más que nunca comprobado, destinó toda la primera parte de sus constituciones al inventario de los haberes del Colegio y a la determinación de la manera como debían ser administrados y utilizados ellos y sus frutos.

Sucesos calamitosos despojaron al Colegio de los bienes con que le proveyó el ilustrísimo señor Torres; mas como el gobierno de la república reconoció una renta nominal correspondiente a los capitales desaparecidos, y como al Colegio le quedan aún algunos pocos bienes raíces, la base de la autonomía subsiste, afianzada en una muy ceñida suficiencia de rentas.

Y por lo que atañe al patronato, fue clarísima la intención del señor Torres al introducirlo en el régimen del Colegio.

Quería el fundador asegurar para siempre la institución que había ideado, de suerte que jamás se alterase ni se mudase, ni pudiesen ser apartados del fin para que los destinó el Colegio mismo, sus bienes y rentas.

Y como la constitución de un tutor salva al menor de edad, prolongando sobre él cuanto es posible la solicitud, y los miramientos y la defensa del padre, así el señor Torres buscó en las autoridades y potestades públicas la tutela que su Colegio necesitaba para que ni las vicisitudes de los tiempos, ni las sinrazones e intereses de los particulares, ni los atropellos de la injusticia le trastornasen e hiciesen frustráneos los propósitos del fundador. Sin exageración puede afirmarse que según la mente del ilustrísimo señor Torres, el patrono del Colegio no es en riguroso sentido jurídico sino su tutor y curador. Y así como el tutor y curador, por amplias que sean sus facultades y derechos, jamás los tiene para perjudicar al pupilo o para torcer las voluntades del padre natural y legítimo que se lo encomendó, así el patrono del Colegio, con tener autoridad para ampararle "en todo lo que se le ofreciere, enmendar todo lo que los rectores hubieren hecho u obrado sin ajustamiento, y poner en salvo la integridad de las haciendas," no tiene poder para alterar aquel fin que caracteriza y especifica al Colegio Mayor, según queda dicho.

Nuestro venerado fundador estableció primeramente por patronos a los señores arzobispos de Santafé de Bogotá, y, en sede vacante, a los tres prebendados más antiguos. De resultas de un pleito entablado ante la corte de España entre los señores arzobispos y los religiosos dominicanos de esta ciudad, sobre el patronato del Colegio, el rey de España declaró que en lo sucesivo los monarcas de Castilla lo poseerían perpetuamente. Acaeció esto el 12 de julio de 1664, y es de notar la razón que entonces se adujo para dirimir el litigio, y que es concluyente para probar que la autonomía del Colegio consiste en no poder ser alterados los fines y propósitos del fundador, y que así lo entendió el patrono real. Si don Felipe IV asumió tal cargo, lo hizo porque "de tener efecto tan irregular pretensión (la de algunos religiosos), resultaba el que dicha religión quedase con absoluto dominio y arbitrio en la dicha fundación, sin **que le quedase el regulado que, según su fundador, debía tener, y que se frustraba la causa y fin principal que contempló al hacerla (1).**

---

(1) La cédula real citada explica muy bien que el peligro que se quería atajar no venía de la orden misma de Santo Domingo, sino de la comunidad de Santafé y en especial de los padres fray Tomás Navarro y fray Juan del Rosario, nombrados rector y vicerrector, respectivamente, por fray Cristóbal de Torres y revocados por él "por estar como

Entendidos así lo que son autonomía y patronato, aparece claramente que lejos de ser nociones antagónicas, como a primera vista pudiera parecer, se complementan de manera que el patronato viene a ser una fuerza, y de suyo perpetua y superior, que garantiza la autonomía del Colegio y con ella la continuidad y perpetuidad de los propósitos del fundador y el cumplimiento perdurable de sus disposiciones.

La emancipación de nuestra patria traspasó legítimamente a los señores presidentes de la república el patronato que antes ejercían sin contradicción los monarcas de Castilla. Y a los señores presidentes reconocemos como únicos y perpetuos patronos de este Colegio Mayor.

Ellos, por su parte, han entendido y declarado solemnemente y en muy diversas ocasiones, que el patronato que ejercen es el sostén y la defensa naturales y eficaces de la autonomía del Colegio. A

---

estaba la dicha fundación en estado que podían arbitrar en las dichas calidades y condiciones della, respecto de no haberse aceptado por el prelado de dicha provincia y haberla remitido para este efecto a su legítima subsistencia, y por otros justos y legítimos motivos que le obligaron a hacerlo, con cuya ocasión ocurrió a esa audiencia (la de Santafé) pidiendo que para que tuviese ejecución y efecto se le diese el auxilio necesario".

Cédula de 12 de julio de 1664

mayor abundamiento, el poder legislativo ha hecho suya esta afirmación y la ha consagrado una y otra vez revistiéndola con la majestad de la ley.

Así, el senado y la cámara de representantes de la Nueva Granada, reunidos en congreso, decretaron a 10 de marzo de 1853 que el Colegio del Rosario "se regiría con arreglo a las instituciones que le dejó su ilustre fundador." A 11 de marzo de 1865 el legislador decretó que "el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, de Bogotá, continuaría independiente," y la ley 89 de 13 de diciembre de 1892 estableció que "al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario se le reconocería su autonomía, quedando bajo el patronato del gobierno."

En esta última fórmula ya tradicional, quedan expresados los dos medios que el ilustrísimo señor Torres puso al servicio de su ideal en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario.

Ideal y medios cuya declaración y afianzamiento constituyen la esencia misma de nuestras constituciones, que no elogiaré aquí por haberlo hecho insuperablemente aquel gran ciudadano que se llamó el colegial doctor Nicolás Esguerra.

"Modelo son sus constituciones —decía él en ocasión solemnísima— de previsión y de orden, y allí pueden beberse las más sabias enseñanzas sobre la organización del gobierno. Nada aventuro al decir que esas constituciones han tenido grande influencia en nuestra forma republicana de gobierno, y

que la juventud salida de los claustros del Colegio del Rosario, lleva en la mente y en el corazón, grabados de modo indeleble, los principios del gobierno electivo, representativo y responsable y la división fundamental de las ramas del gobierno, no menos que la idea de rechazar, aun de parte de la autoridad suprema, todo lo que salga de los límites fijados por las constituciones, o sea el abuso del poder en cualquier forma" (Discurso al inaugurarse la estatua de fray Cristóbal de Torres, 10 de octubre de 1909).

Y discurriendo agudamente allí mismo por los diversos mandatos de aquellas constituciones, el colegial doctor Esguerra descubre en la carta fundamental del colegio "el germen de la ciudadanía moderna, la semilla de uno de los grandes principios sobre que descansa el gobierno moderno: la responsabilidad de los mandatarios, el otro principio de la separación de los poderes, opuesto al cesarismo, quizás más enemigo de la libertad que la propia monarquía absoluta, el respeto al derecho de sufragio, sin el cual la existencia de la república es mera burla."

Juntemos a estas palabras las que pronunció luégo el ilustrísimo y reverendísimo monseñor Carrasquilla, colegial y rector: aunadas constituyeron entonces la luminaria espléndida que había de alumbrar para siempre el bronce soberano que perpetúa los rasgos del incomparable fundador:

"Hé allí el creador de nuestra cultura intelectual, el maestro de todos nuestros maestros, el bienhechor de los indígenas, el padre de los huérfanos, la providencia visible de los pobres. Hé allí al hombre que, en las constituciones que estrecha contra el corazón, realizó el ideal de una república cristiana, con régimen electivo, con distinción sabia de poderes, con amplia libertad para lo bueno, con responsabilidades efectivas; con la santa igualdad que no consiste en abatir a los grandes para ponerlos al nivel de los ruines, sino en elevar a los pequeños hasta la exceltitud de los mayores."

II

Ordena fray Cristóbal en la constitución V del título V que "ninguno pueda en el colegio oír otra facultad alguna, sin haber oído primero las Artes de Santo Tomás... porque la medicina necesita de este fundamento; porque, sin esta prevención, las leyes y cánones no se pueden conseguir consumadamente, ni se realzan notablemente los profesores de cánones y leyes, como lo muestra la experiencia."

De esta constitución ha nacido la idea de crear —de restaurar, sería más exacto— la Facultad de Ciencias Naturales.

Ella no va a contrariar sino a secundar los designios del ilustrísimo fundador; no es una novedad introducida arbitrariamente en el Colegio, si-

no un simple desarrollo de uno de sus estatutos fundamentales; no viene a suplantar la Facultad de Derecho, sino a prepararle a ella y a la filosofía, esencial en el colegio, una base tan ancha, tan sólida y tan profunda como la piden, no sólo el adelantamiento de las ciencias jurídicas y filosóficas, sino nuestras necesidades estrictamente nacionales.

¿Qué era lo que fray Cristóbal apellidaba "artes de Santo Tomás?" Atendida la índole del lenguaje en esos tiempos, el nombre de "artes" abrazaba algunas de las que hoy se denominan "bellas artes," lo que ahora suele designarse con el nombre de "letras" y las "ciencias naturales" propiamente dichas. Así en el idioma latino como en sus derivados y aun en sus traslaciones a idiomas modernos, el nombre de "artes" ha sido empleado corrientemente para designar las ciencias mismas y no las solas disciplinas que les sirven como de instrumento o que encierran las reglas para hacer bien una cosa. Conocidísima es aquella célebre división de las artes en "trivium y quadrivium." El "trivium" comprendía la gramática, la lógica y la retórica; el "quadrivium" consistía en la geometría, la astronomía, la música y la aritmética; y todo este conjunto en que aparecen las bellas artes, las letras y las ciencias físicas y matemáticas, se llamaba habitualmente "artes".

Y al decir "artes de Santo Tomás," fray Cristó-

bal, no sólo aceptaba esta clasificación, sino que, vistos el empeño y tenacidad con que profesaba y quería que se profesase el tomismo integral, era forzoso que tuviera en la mente aquella preeminencia que el maestro (así llamaba Santo Tomás a Aristóteles) dio a las ciencias físicas como preámbulo necesario de la filosofía trascendental, cuyo solo nombre "metafísica" está avisándonos que es la etapa suprema de las ciencias positivas y de observación o experimentales.

De que resultó, contra lo que vulgarmente se dice, que Santo Tomás no fue un ingenioso rebuscador de sutilezas y abstracciones, perito en logomaquias y sistemáticamente alejado de la realidad, sino un altísimo teólogo, filósofo y político que antes de ponerse a averiguar las normas supremas que presiden a las relaciones del hombre con Dios, las leyes últimas de la naturaleza y los ápices de la moral individual y social, entrando en esta cuenta los principios del gobierno humano, se puso en contacto de inteligencia y observación con las cosas mismas, con la realidad tangible y viva. De ahí esa copiosa erudición, extraordinaria para su tiempo, que atesoró en numerosos tratados de ciencias naturales.

En tal escuela aprendió a estimarlas fray Cristóbal de Torres, y a juzgarlas tan necesarias que insiste una y otra vez en sus constituciones, a fin de que nadie se gradúe en este Colegio Mayor sin

haber presentado examen especial sobre los libros de "Generatione et Corruptione," que eran en esos tiempos precisamente lo que son en los nuéstros la biología y la fisiología, así como el tratado de "De Anima" que también era materia de examen especial, corresponde a la moderna psicología (Constitución III, IV y VI, título V).

Los hechos, mejor diría los frutos, que ha rendido el Colegio Mayor han demostrado que la idea de fray Cristóbal, informada en el más puro tomismo, fue fecunda, fue benéfica y fue gloriosa. Evocando otras épocas, decía monseñor Carrasquilla: "¡Ved! Entra por la puerta mayor un sacerdote de tostada tez, de grave continente. Es aquel apellidado por Linneo 'nombre inmortal que ninguna edad será poderosa a borrar,' el amigo de Humboldt, el mayor sabio de España y uno de los primeros de Europa en el siglo XVIII: José Celestino Mutis. Penetra en aquella aula, siéntase en la cátedra; sus alumnos se llaman Francisco José de Caldas, Camilo Torres, Joaquín Camacho, José Gregorio Gutiérrez, Crisanto Valenzuela y muchos más de nombres igualmente ilustres. Los discípulos, corriendo el tiempo, se trocaron en compañeros del egregio maestro, en miembros de la Expedición Botánica memorable."

Tome ahora la palabra para confirmar lo dicho don Marcelino Menéndez y Pelayo, para quien la segunda mitad del siglo XVIII fue en Colom-

bia de gran movimiento y transformación intelectual. Ello tuvo su origen en la influencia de don José Celestino Mutis, quien abrió cátedra de matemáticas y astronomía en el Colegio del Rosario, donde expuso el sistema copernicano, inaudito aun en las escuelas de la América del Sur. Mutis formó y educó una generación de físicos, matemáticos y naturalistas, entre los cuales brillan los nombres de don Francisco Antonio Zea que, andando el tiempo, llegó a ser director del Jardín Botánico de Madrid; de don José Domingo Duquesne, arqueólogo erudito y verdadero patriarca de los investigadores de la civilización precolonial; de don José Manuel Restrepo, autor del Ensayo sobre la geografía, producciones, industria y población de la provincia de Antioquia; de don Francisco Ulloa, que lo fue del notabilísimo "Ensayo sobre el influjo del clima en la educación física y moral del hombre en el Nuevo Reino de Granada;" de don Jorge Tadeo Lozano, don Eloy Valenzuela, don Joaquín Camacho y otros varios, y del más ilustre de todos ellos, don Francisco José de Caldas, víctima (y es Menéndez y Pelayo quien lo dice), "víctima nunca bastante deplorada de la ferocidad de un soldado a quien en mala hora confió España la delicada empresa de la pacificación de sus provincias ultramarinas."

Ni hay por qué olvidar que Caldas, el patriota hijo del Rosario, botánico, geodesta, físico, astró-

nomo "y a quien sin hipérbole puede concederse genio científico de invención" fue el prócer altísimo y el inmortal neogranadino a quien la madre España ofreció el 14 de marzo de 1925 "perpetuo desagravio." Plácenos imaginar que en tal día y en ocasión tan señalada Caldas fue el símbolo de toda la sabiduría y de todos los heroísmos con que se cimentó la independencia.

III

Al ensanchar los estudios de ciencias naturales —que en la facultad de Friburgo constituyen un ciclo denominado más justamente 'Filosofía Natural'- el Colegio del Rosario no va a mudar de índole ni a bastardear de sus tradiciones, ni mucho menos a sacrificarlas en homenaje a un utilitarismo encanijado y enteco que jamás por jamás será un principio o criterio de educación.

No lo tolerarían seguramente ni nuestros orígenes, ni la historia nuéstra; menos aún los grandes nombres que discurren gloriosos por todos los cielos de nuestra epopeya nacional y que por juicio de la Providencia tienen perpetuo arraigo en este Colegio del Rosario. Los próceres engendraron esta patria nuéstra, y en aquel trance imponderable agotaron sus vidas. No cuesta menos el nacimiento de una soberanía destinada a vivir siglos y siglos. Pero luégo fue menester asegurar el crecimiento y la prosperidad de la recién nacida república, por-

que si de la conservación del universo se dice que es una creación continuada, de la subsistencia honrada y pacífica de una nación pienso que podría decirse que es una independencia que se renueva por momentos. Así, otros y otros próceres vaciados en los moldes primeros tenían que sucederse para defender a la república. ¿Defenderla de qué? Pues sencillamente de las mil y una causas de servidumbre que habrían de salirle al paso con intento de reducirla y entrabarla.

Porque en servidumbre pára y en intolerable miseria —las letras divinas la anunciaron y las estadísticas recientes lo comprueban— el envilecimiento de las costumbres, la incontinencia de los apetitos, la elasticidad de las conciencias y la flojedad de los caracteres, cosecha desmedrada de una educación mal conducida. En servidumbre se traducen la ignorancia de sí mismo que da lugar al desgobierno de la vida, y la ignorancia de las realidades en que deben desarrollarse el yo individual y el yo nacional, ignorancia ésta que apareja ora la ociosidad caprichosa que sólo es fecunda cuando se trata de inventar necesidades, ora el desvío hacia la propia tierra que se reputa estéril o ingrata, porque no se conocen ni sus posibilidades, ni sus recursos, ni su generosidad. De todo lo cual, ¿dónde han de buscarse las raíces, sino en la educación defectuosa e incompleta?

Y también se traduce en servidumbre el menos-

precio del trabajo individual, que quizás no tenga su origen únicamente en la desidia, sino en otra ignorancia, es a saber, en la ignorancia de las fuentes de riqueza que podrían explotarse en nuestro territorio, y que por ser incógnitas no provocan a nadie y dejan los ánimos a merced de la enfermedad burocrática y de la morfina del empleo público que por una parte embota las mejores energías y por otra perjudica la administración pública, haciéndola caer en manos de la incompetencia o de la ineptitud.

Ni es menos dañina esotra servidumbre que va forjándose embozadamente cuando las generaciones que van saliendo a la arena y palenque de la vida, se presentan allí gozosas porque apresuraron el término de los estudios, pero en realidad inermes y desapercibidas porque, hecho el inventario de lo que aprendieron en seis o siete años de bachillerato, no resultan armados sino con nociones fragmentarias y mal digeridas, con asignaturas aprobadas a la ligera y sumariamente, con textos cada día más superficiales y escuetos, con calificaciones que a duras penas representan el esfuerzo desesperado de los tres últimos meses del año escolar o el éxito inopinado del examen final, pero que no encierran, como debieran, un veredicto atinado sobre el trabajo, progreso y habilidades del alumno durante el curso.

Así se explica úno que el día de hoy ya no se

hable de "diplomas," ni aun de "certificados," sino de "cartones." Aquéllos fueron en su día testimonios de capacidad, cuyo valor estaba respaldado por los conocimientos del titular; pero yo no sé si vamos camino de que los "cartones" de hoy se nos conviertan en papeles fiduciarios, más abundantes cuanto menos valiosos, tan incapaces de denunciar riqueza intelectual como el puro papel moneda es incapaz de denunciar riqueza material.

Armada de "cartones" afronta la juventud los estudios universitarios y afrontará luégo la vida misma. ¡Qué de extraño tiene que más adelante sobrevenga la derrota o se entronice una incurable mediocridad! Y por cierto que no es menester otra cosa para que estas malandanzas que suelen apellidarse "crisis," nos cojan desprevenidos y alelados, dispuestos solamente a abrazarnos con el hórrido e inerte fatalismo que maldice del presente y avizora un porvenir halagüeño, pero sin resolverse a tender entre los dos el puente de una labor tenaz y concienzuda.

Me atrevo a pensar que es precisamente hoy cuando convendría dedicarnos con mayor ahinco a procurarle a la juventud estudios serios y hasta dilatados.

Circunstancias de diverso linaje han atajado la prosperidad de que no há mucho nos ufanábamos, la bienandanza, que parecía tocar a nuestras puertas y que convidaba al desenvolvimiento apresura-

do de todas las energías, resultó menos sólida de lo que creíamos, cegáronse también algunas vías prometedoras de acelerada riqueza, y harto será que no nos sofoquen los compromisos y obligaciones pendientes. En tal situación es forzoso que la iniciativa y el trabajo personales queden sometidos a las consecuencias de la mucha oferta y de la poca demanda, con lo cual viene a restringirse notablemente el campo de acción de los profesionales. No es, pues, el momento de multiplicarlos merced a una inconsulta benignidad en su preparación; no es justo ni tal vez caritativo acrecentar su número recortando los estudios previos, o tolerándolos flacos o desmayados para que cuanto antes y sin demora vaya el alumno a entendérselas con la vida, que por ahora tiene más de luchas y agonías que de fortunas y bonanzas.

Pero no hay que olvidar que, Dios mediante, otra luz nos amanecerá y que el país tiene alientos sobrados para restaurarse en plazo más o menos corto. Entonces volverán a quedar patentes los caminos por donde se va al medro honorable y gozoso; fuentes y veneros de riqueza general y de bienestar privado solicitarán peritos que las beneficien y trabajen; el afán y esfuerzo cotidianos recuperarán todo su valor, y no faltará ocupación para cuantos anhelen una decorosa independencia general. Para entonces se establecerá necesariamente una lucha en que de fijo no saldrán victoriosos

los más hábiles en improvisar habilidades, sino los que atesoren mayor suma de conocimientos. Cuánto importe mejorarlos en extensión y seriedad, podemos rastrearlo mirando lo que acontece en el dominio de las ciencias económicas y jurídicas que, a nuestros ojos, van descubriendo día por día horizontes más vastos, revelando profundidades enantes no sospechadas, enlazándose con casi todos los ramos del saber humano y buscando apoyo y comprobación en otras ciencias aparentemente muy ajenas al derecho. La menor de sus cuestiones puede tener inacababables resonancias; los penalistas saben muy bien que hoy no manejan una tarifa o arancel de sanciones, sino que les corresponde justipreciar la vertiginosa complicación del ser humano y de sus acciones; los hacendistas no son ya meros registradores de los dineros y producción nacionales, sino que viven midiendo y compasando las oscilaciones sucesivamente brutales y sutiles de la riqueza pública; los economistas no pueden tomarle el pulso a los problemas de producción y de consumo, sin atender a muchas cuestiones de orden puramente físico y climatérico; y, en otra esfera, los juristas, que pudiéramos llamar trascendentales, no podrían discurrir atinadamente sobre los negocios de la soberanía o de las relaciones de nación a nación, si no estuvieran muy bien informados de cuánto valen y como se aprovechan los bienes que recata nues-

tro suelo y cuya explotación no se adelanta sin el concurso de los intereses extranjeros.

Y cuando no os convencieran estas reflexiones someras sobre la conexión fundamental que se advierte entre el estudio de las ciencias y las carreras universitarias, yo os diría que es preciso establecer esa conexión, visto que al educar e instruir la juventud no estamos haciendo otra cosa que ayudar al remedio y a la prosperidad del país, y que —como lo ha dicho en su discurso inaugural el excelentísimo señor presidente— nuestro país confronta hoy problemas estrechamente ligados y cuyo estudio es imposible separar en absoluto uno de otro, si queremos llegar a una solución armónica y eficaz en el conjunto. Juzgad, os ruego, por estas palabras, cuán amplia, cuán sólida y cuán múltiple ha de ser la información que en adelante ha de demandarse a los que hoy aspiran a un bachillerato, mañana a un grado universitario, y que pasado mañana tendrán que ser obreros y artífices de la grandeza nacional. Reparad asimismo en que de los cuatro problemas que en aquel documento se señalan como principales y más urgentes de resolver, dos por lo menos se relacionan muy estrechamente con las ciencias físicas y naturales. A su mayor estudio nos convidan por tanto las tradiciones del Colegio Mayor y las necesidades presentes, y habéis de perdonarme que por afición al

simbolismo que engolosinaba a los filósofos de antaño, vea un primer eslabón de aquellas tradiciones en el incunable famoso con que fray Cristóbal de Torres obsequió a su Colegio y que con dedicatoria autógrafa del venerando fundador guardamos religiosamente. Trátase allí por extenso de la matemática, está incluída en el celebérrimo tratado de la esfera de Sacro Busto, hállanse las primeras disputaciones en pro y en contra de Copérnico y abundan los atisbos de métodos experimentales contrapropuestos a la alquimia misteriosa y a la zoología de Plinio. El incunable aquel fue consultado por Mutis y por Caldas, eslabones preclaros de esa misma cadena que ahora desearíamos enlazar con la renaciente Facultad de Ciencias.

Ellas podrán darle perspectivas y horizontes al estudio del derecho, y me imagino que así cumpliremos más sustancialmente lo que el legislador castellano decía del Fuero Juzgo:

"Onde conviene que el que quisiere leer las leyes... pare en ellas bien mientes, e que las escodriñe de guisa que las entienda."

No perderán nada las letras con el cultivo de las ciencias. Porque bien sabemos que si ellas esclarecen el espíritu, la literatura le adorna; si ellas le enriquecen, ésta pule y avalora sus tesoros; las ciencias rectifican el juicio y le dan exactitud y firmeza; la literatura le da discernimiento y gusto. Por las ciencias alcanzamos noticia de los se-

res y cosas que nos rodean, columbramos su esencia, penetramos sus propiedades, investigamos los usos a que los destinó el Creador y levantándonos sobre nosotros mismos, subimos hasta su más alto origen. Pero aquí acaba su ministerio y sobreviene el de las letras que engalanan toda invención y la comunican y difunden y llevan de unas generaciones en otras.

Con las ciencias y con un bachillerato que sea verdaderamente preparación de los cursos universitarios, tampoco perderán nada la filosofía y la disciplina moral de la vida. No creo estar equivocado al atribuir a las ciencias exactas y de observación un valor educativo y una influencia moral indiscutibles. Contribuyen —para decirlo de otro modo— a la formación del hombre, dándole un régimen espiritual y mental. Porque no me negaréis que un espíritu formado en la contemplación y en el manejo de los principios matemáticos caracterizados por su inmutabilidad y por el rigor con que se imponen a despecho de todos los intereses personales, reconocerá más fácil y racionalmente que las ciencias morales, sociales y jurídicas tienen también sus principios que no es posible ni honesto adulterar en beneficio propio, so pena de que la justicia inmanente que gobierna el mundo y que nosotros apellidamos "ley eterna," haga sentir sus sanciones, a veces espantables.

Más aún: esta precipitación y atropello con que

nos lanzamos a juzgar y sentenciar sobre todo lo humano y lo divino; esta ligereza ambiciosa con que creemos dominar hechos y cuestiones de que apenas tenemos ligerísimas y superficiales nociones; esta prontitud y celeridad con que englobamos en una síntesis prematura las cosas entre sí más distantes y reñidas; esto de atenernos a las impresiones momentáneas y transitorias y ahorrarnos cualquier laboriosa inquisición; todo esto y más de otro tanto que podréis suponer, ¿no es cierto que hallará correctivo, a lo menos parcial, en esos estudios que de grado o por fuerza nos persuaden ora la insondable complejidad de los fenómenos, ora la prudente lentitud con que es preciso avanzar antes de proponer una conclusión, ora el juicioso recelo de zanjar de plano y sin miramientos en materias que quizá implican consecuencias turbadoras y prolongaciones infinitas?

IV

Las conclusiones que pretendo abonar con todo lo dicho se refieren al ordenamiento futuro de este Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Y os advierto que no se trata de reorganizaciones e innovaciones pomposas. Copiando a fray Cristóbal yo diría que no se piensa sino en "continuar humildemente aquella tarea de sacar afuera" la

vitalidad ingente que el fundador y el restaurador sembraron en este claustro secular.

Primeramente es preciso destinar la Quinta de Mutis, ideada y realizada por el ingenio magnífico del rector monseñor Rafael María Carrasquilla, a la preparación literaria de los alumnos de más corta edad que luégo habrán de constituir el núcleo del colegio y el reflejo e imagen integrales de su espíritu. Fijada en los doce años la edad necesaria para ingresar en este instituto, es obvio que la disciplina y la higiene exigen de continuo que los primeros estudios se hagan en locales tan amenos, soleados y abiertos como son los de la Quinta de Mutis.

En segundo lugar, es preciso que a los estudios del Colegio se les dé toda la extensión y seriedad que presupone el decreto número 57 de 1928, y que las facultades universitarias exigen con justísimo derecho. Descartados de ellos los cursos simplemente preparatorios, el Colegio del Rosario pondrá todo empeño en que sus alumnos, al concluir el bachillerato, sean hábiles para aplicarse al primer curso de derecho, de medicina o de ingeniería. Para completar este propósito, será menester que una adecuada estadística escolar atestigüe, quincena por quincena, los adelantos y el trabajo de los alumnos y sirva al terminar el año lectivo para integrar la calificación de los estudiantes. Anádase a esto la necesidad de la cooperación activa, a cada paso

más consciente, del alumno en su educación que no puede ser obra del despotismo ni de la violencia, pero en la cual sí debe intervenir la justa corrección.

En tercer lugar, tratamos de darles a las ciencias naturales el desarrollo que les corresponde, debido a su adelanto prodigioso, y al papel cada día más importante que están llamadas a desempeñar como factores de la vida nacional y como instrumentos de trabajo y bienestar para los individuos.

En cuarto lugar, anhelamos que la Facultad de Filosofía y Letras, nervio del Colegio, pueda recobrar todo su antiguo lustre. Si sus aulas se hallan hoy desiertas, débese a que no se ve en esos nobles estudios un fin de utilidad inmediata o estimable en dinero. Grave error éste, absolutamente opuesto a la índole de nuestra raza y de nuestro ser nacional naturalmente ávido de perfección intelectual desinteresada.

Y finalmente es nuestra voluntad que todo lo dicho se ordene en plazo más o menos corto a la ejecución y cumplimiento de lo que el ilustrísimo señor Torres dejó establecido en sus constituciones: "Que salgan del colegio insignes legistas, señores de la ciencia de las leyes, varones insignes ilustradores de la república con sus grandes letras y con los puestos que merecerán con ellas."

V

Excelentísimo señor patrono, ilustrísimo señor rector honorario, respetable claustro, señores:

Al declarar cerrado el presente año escolar, no será mi voz la que os despida y haga el postrer homenaje. Suene aquí nuevamente la voz del señor rector que todos lloramos, pero que vive y vivirá mientras perdure el claustro, y sean sus palabras el lema y el compendio de nuestra labor:

"Los consiliarios, los catedráticos, el rector, no aspiramos a ganar triunfos perecederos. Anhelamos sacar de aquí hidalgos, católicos y patriotas. Nada más fácil: los alumnos quieren eso mismo. El alma de arriba y la de abajo vibran unísonas, y, en tales condiciones, la melodía resulta acabada y perfecta."

He dicho.



LA SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAUL Y SU FUNDADOR EL ESTUDIANTE FEDERICO OZANAM

Discurso leído en la Catedral Primada en las fiestas conmemorativas del centenario de la Sociedad, por el Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario



Excelentísimo señor, señores y hermanos:

Pocas palabras, y esas muy simples, bastarían para compendiar la centuria que ya cuenta de vida la institución caritativa que universalmente se nombra "Sociedad de San Vicente de Paúl." Un estudiante la ideó y seis más le ayudaron a crearla; dióle vida, robustez e incremento el silencioso y callado fervor de la caridad, que lleva en sí un atributo de mayoría y eternidad que no alcanzan la fe ni la esperanza; el nunca cegado raudal de lágrimas que la pobreza, la enfermedad y el desamparo hacen brotar de los ojos humanos, le proporcionó perenne ocupación; la fidelidad a la Sede Apostólica y Romana le ha dado parte en las promesas de perdurable subsistencia con que Jesucristo gratificó a la iglesia. Un siglo entero de actividad creciente y multiforme se recoge hoy en esta enunciación escueta, como se recogen mil suertes de prodigios experimentales en la desnuda simplicidad de los teoremas.

No por estupendos y resonantes, sino por llanos y comunes son dignos de memoria al par que venerables los orígenes históricos de la Sociedad de San Vicente de Paúl. Obra sellada inconfundiblemente por la mano de Dios y cargada con destinos

providenciales debía engendrarse en humildad y en silencio para que jamás pudieran ni el interés terreno ni la vanidad humana descontar merecimientos o reclamar influjos en la existencia de esta asociación de caridad. No vino ella a suplantar otras instituciones similares, no pretendió para sí preeminencia, ni ventaja sobre las múltiples formas de beneficencia que honran a la humanidad, ahuyentó y reprobó desde sus comienzos toda intención de competir y entrar en liza con las preciadas obras de pública asistencia que de continuo nacen y prosperan. Mas ya que la Sociedad se nos ofrece tan despojada de arrestos ambiciosos, dejadle el justo y cristiano regocijo de recordar a los que cien años há la introdujeron en el mundo.

¿Querrá acaso decorarlos con la aureola fugitiva de los encomios fáciles y de las ponderaciones menos valiosas cuanto más hiperbólicas? No; que eso sería afrentar la inmortalidad de las ideas con la pompa desfallecida de la palabra inconsistente. ¿Pretenderá retribuírles el esfuerzo de amor y abnegación sobrenaturales con que dieron el ser a esta Sociedad? No, porque las supremas y ajustadas y definitivas remuneraciones a sólo Dios competen. Diré entonces que los hijos de San Vicente, esparcidos hoy por todos los pueblos, hacen esta conmemoración y desandan el camino de tantos años, para mirar de cerca al fundador y renovarse en el espíritu genuino y cimental de su obra.

Ello es indispensable, porque así en el orden de la gracia como en lo puramente humano es ley de toda actividad ordenada y fecunda, que nazca y proceda de una confrontación vigilante y amorosa entre el dechado o ideal que la mueve y las obras con que se acredita o manifiesta.

Como en devota peregrinación la mente nos conduce hoy hasta la noble capital francesa estremecida aún y turbada por los sucesos de 1830. Mala sazón en verdad para que un estudiante de sólo 18 años viniera a buscar en las ciencias, y señaladamente en las históricas, un testimonio avasallador en pro "de la certeza, de la perpetuidad y de la hermosura del cristianismo." Hablando así, definía Federico Ozanam la dirección de su vida y el raro temple de un espíritu en que las seguridades que sólo puede dar la fe se aunaban con las más acendradas exigencias de una razón sutilmente investigadora y con la finísima y nunca embotada emoción que surge ante el esplendor de la verdad o ante el reflejo sensible de las armonías trascendentales. Ozanam era estudiante y eso también se necesitaba para que Dios lo transformara en instrumento predestinado y apto para una vocación caritativa. A ella se oponen desde luégo el egoísmo, la frialdad del corazón, la estrechez y parálisis del entendimiento, linaje de miserias que no se avienen con el desinterés de los veinte años, ni con el ardimiento dominador de la vida, ni con los

anhelos de realizar grandezas que siempre se abrigaron en el ánimo de los estudiantes.

Eranlo plenamente Ozanam y sus amigos parisienses y pronto se agruparon para fines literarios y filosóficos de alto empeño; aquella energía no conoció sosiego; porque todos abundaban en ideas y el ambiente febril en que tántos luchadores intelectuales reñían diarias batallas, estimulaba el entusiasmo de la juventud. Una época así tenía que ser propicia a la elocuencia y favorable a los oradores; por eso vemos un crecido número de maestros que inauguran celebérrimos cursos académicos; un pueblo entero se pone en marcha a la voz del predicador de Notre-Dame, y en el barrio latino se multiplican las asociaciones de estudiantes que al salir de las aulas prolongan por noches enteras los ecos desenfadados y vibrantes de doctas disputas y de contrarias enseñanzas.

En la historia de estas asociaciones, Ozanam es figura de noble y acentuado relieve. No era que le tentasen los triunfos, para él fáciles, de aquellas justas y torneos de la palabra; era en realidad que sobrecogido por el desamparo moral y por la desolación y desconcierto interiores que afligían a la mocedad que le rodeaba y le seguía, pensaba utilizar el compañerismo y amistosa correspondencia que entonces hacían al pie de las cátedras y al calor de las disertaciones y conferencias, para construir algo así como un templo de serenidad donde

se aquilatase la hermandad de los espíritus, y multiplicándose las relaciones de las inteligencias y de los sentimientos, se desvanecieran muchos prejuicios enconados, se comprendieran los nuevos alcances y las responsabilidades del pensamiento, y se reconociera, en fin, que solamente a la luz del Evangelio podía emprenderse la tarea de reconstrucción social que las ruinas acumuladas por el siglo XVIII hicieron necesaria y que el siglo XIX acometía sin otro conductor que el naturalismo.

Un peligro podía acometer la tentativa de Ozanam: la elocuencia. Y no porque la elocuencia no sea una de las más exquisitas dádivas de la divina largueza, sino porque ella no es al fin y al cabo sino un estímulo para las obras, y faltando éstas, casi podría decirse que ese máximo don natural, pasa a la categoría de los objetos de lujo que primero seducen por bellos y luégo estorban por inútiles. Ozanam lo entendió así gracias al raro equilibrio de su alma que Dios preparó desde muy lejos, haciendo confluir en ella la viva y veloz perspicacia del italiano, la lógica incontrastable y subyugadora del franco, y la percepción aguda de las realidades que es propia de una raza oriental y dispersa que dio a Ozanam antepasados remotísimo.

Y todo ello le habilitó para entender lo que un estadista de los modernos tiempos formuló en momentos de suprema angustia para su patria: "La

ideología privada de la acción que le corresponde es pura vanidad de palabras. Algún día la veréis engendrando indolencia disociadora y tranquilidad fundada en algunas frases resonantes." Mas para qué traer a cuento citas profanas, cuando Ozanam al ordenar su vida no hacía pie en los solos dictámenes de la prudencia humana sino en osotros hondamente racionales y refrendados por el apóstol con celestial autoridad: "Muerta se halla la fe que no produce obras."

Una noche, al salir de una conferencia particularmente tumultuosa y caracterizada por notables destemplanzas verbales, Osanam habla entristecido y aun desengañado con dos estudiantes que le comprenden. Quizá fue teatro y escenario de estos discursos la plaza del Panteón, patria chica de los escolares parisienses. Allí la vieja biblioteca de Santa Genoveva, cuyos muros se abroquelan hoy con la interminable letanía de los nombres proceros que en pocas sílabas abrevian el símbolo de las mentes hazañosas; allí el Panteón solitario que ahora abriga cenizas de grandes ciudadanos y ayer cantaba los loores de Genoveva la virgen inerme que amparó a Lutecia; allí su historia contada por los pinceles de Puvis de Chavannes con trazos nítidos y colores de ensueño para que conste el triunfo de la impalpable fuerza del espíritu sobre la rudeza feroz de la barbarie; allí el sepulcro mismo de la Santa encerrado bajo la peregrina arquitec-

tura de S. Esteban del Monte, que le da el tributo inmóvil de la piedra labrada que se enrosca en los pilares góticos para formar las escaleras del ambón y simula mansa, tenue y ondulante columna de incienso que sube a las alturas llevándose consigo las oraciones de los fieles. Allí también el epitafio de Pascal... ¿Por qué no habría de sentir Ozanam, en la ocasión que os dije y al azar del coloquio nocturno, la atracción del gran pensador que no halló reparo ni asilo para su espíritu potente sino en la oración entrecortada y sollozante de Getsemaní? ¿Por qué no habría de desvelársele el misterio de la caridad pensando en el terror de Pascal ante el silencio de los espacios infinitos? Porque el corazón del pobre es también un espacio abismal que van ensanchando el desamor y la desilusión, que se ahonda con el trabajo perdido, con la previsión infausta de un porvenir de inopia, con el lloro anticipado por los hijos que no tendrán hogar seguro ni memorias risueñas, con la huída de la salud que paso a paso desanuda los vínculos familiares. Abismo grande y siniestro es la pobreza, abismo que sólo debe inspirarnos terror y medrosas profecías cuando nos avecinamos a él sin el propósito de colmarlo a precio de amor que comprende y de abnegación que redime.

Si las circunstancias en que acabo de colocar a Ozanam son meramente figurativas, la idea de fundar la renovación de los hombres no ya sobre el co-

mercio de las inteligencias, sino sobre el ejercicio de la caridad, y ésta, a su turno, sobre el ejemplo y la enseñanza de Jesucristo, exhibe el intento definitivo del fundador de la Sociedad de San Vicente en 1833. Si ahora vuelven a salirnos al paso algunas reminiscencias históricas, acordáos de que Ozanam encontró en ellas una prueba de que la caridad es fruto del cristianismo, y una visión, no por universal menos concreta, del alma de los pobres y de los ocultos caminos que conducen al secreto de muchas miserias. A veces se queda úno suspenso entre dos interrogaciones: ¿Será cada individuo una condensación personal de los vaivenes y alternativas que se suceden en la humanidad? ¿Será la historia una proyección gigantesca de esta pugna entre el bien y el mal, entre el espíritu y la carne, amargo combate cuyas vicisitudes llenan y tal vez hacen rebosar este breve espacio que vivimos? Lo que sí sabemos es que la miseria en grande de las sociedades o la miseria intensamente comprimida de los individuos, no las remedia sino la caridad de Jesucristo Hijo de Dios.

Por un instante nada más revivid las épocas cesáreas de Roma la antigua, la señora del orbe, la que legisló para el imperecedero mundo latino con Horacio y Virgilio, con Cicerón y César. Ved aquel navío que zarpa del puerto de Ostia a velas desplegadas, mecido por los vientos que enantes meneaban los bosques de las islas griegas, oasis de los ma-

res. Taja la proa las ondas mediterráneas que una y otra vez llevaron sobre sí a los hacedores de epopeyas, y suena el aire, como en las de arpa eolia, en las tensas cuerdas del aparejo acompañando el canto de los nautas, rudo pero no ingrato, con que invocan al dejar la orilla, el favor de los dioses tutelares. Es en el tosco lenguaje popular la propia idea expresada por el Venusino con elegancia insuperable:

> **Sic te diva potens Cypri.**
> **Ventorumque regat pater.**

¿A dónde hace rumbo?, ¿qué lleva en su cóncavo seno? ¿Van allí los legionarios que defienden el imperio contra el ágil parto o el feroz escita? ¿O está cargada de riquezas italianas que habrán de trocarse por los oros de Ofir, por las especias y perfumes del Oriente fabuloso?

Nó, desde la sentina hasta las bordas aquello es un hacinamiento informe de astrosas figuras humanas, toda miseria tiene allí su representante, y son cifra del último dolor aquellas mujeres cadavéricas que aprietan contra el pecho exhausto a los párvulos desmedrados por el hambre.

A tres millas de la costa los marinos alzan los remos y amainan el velamen, abren ancha vía de agua en la cala y se ponen en salvo. Las olas revientan y rugen en las entrañas de la embarcación; los infelices se arraciman en el puente; cunde el silencio

que precede a las catástrofes sin remedio; una ola pasa; el navío desaparece; vense sólo las puntas de los mástiles... y se esconden también. ¿Qué ha sucedido? Nada. Un detalle del asco de la Roma Imperial.

En los mismos días, en una de las menores y más lejanas provincias de la jurisdicción romana, en Galilea, se hablaba de un profeta que se había mostrado en las orillas del Jordán y andaba ahora por las riberas del mar de Tiberíades. Cerca de cinco siglos hacía que el espíritu profético estaba enmudecido en Israel. El pueblo conservaba palpitante la memoria de los hechos, las palabras de los antiguos videntes: de Isaías, superior aun humanamente hablando al antiguo Esquilo; de Jeremías que sería el primer poeta elegíaco del universo si Job, instruído por la miseria, no hubiera forgado antes su temerosa endecha imprecatoria; de Ezequiel, conocedor de la pesadumbre en que toda caducidad se resuelve; de David, más esperanzado en el Mesías cuanto más afligido por la culpa. La multitud no ha olvidado que a su carácter de profetas juntaban aquellos varones de Dios el dòn de los milagros, y se agolpaba al pie del monte donde estaba el Maestro, más que en espera de sus enseñanzas, al atisbo del fuego que había de mandar llover como Elías y de los portentos que multiplicaba Eliseo entre los hijos de los pobres y entre los ministros de los reyes.

Ya desciende por el abrupto senderillo que baja

de la cumbre del monte. Viene sin otro séquito que el de la pobreza laboriosa que ayer bregaba con las redes pescadoras y mañana esparcirá mensajes de eternidad por las plazas de Atenas y por los alcázares de Roma.

Viene el Maestro andando con el tímido recato de una virgen y la imponente majestad de un vencedor, partidos los cabellos sobre la frente al modo nazareno, asombran las pupilas en que se suman la serenidad del niño, la tristeza de la víctima y los destellos que pregonan la gloria y el poder de todo un Dios.

La turba que le espera y aclama se asemeja a la de la nave echada a pique delante del puerto de Ostia por orden de Tiberio: hablando al uno, tocando al otro el Señor va curándolos a todos sin alardes de poder, con la misma sencillez de quien dijo "Sea la luz." Los adoctrina luégo y sus palabras aun están sobresaltando a los humanos:

"Bienaventurados sois los pobres, porque vuéstro es el reino de los cielos."

"Bienaventurados los que ahora lloráis, porque tendréis consuelo."

"Bienaventurados los que tenéis hambre, porque seréis saciados."

"Habéis oído que fue dicho: 'Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo'.

"Mas yo os digo: 'Amad a vuestros enemigos, ha-

ced bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen y calumnian'.

Los filósofos griegos enseñaron doctrinas sublimes pero no regeneraron el mundo porque hicieron divorcio y apartamiento entre las palabras y las obras. Mas el que se llamó a sí mismo hijo de Dios e hijo del hombre y lo fue en realidad, predicó tres años después otro sermón del monte, el del monte calvario, el sermón del ejemplo. El huerto lo vio traicionado, los tribunales le cubrieron de afrenta; llovieron sobre El todas las calamidades que viene repartiendo la miseria desde el principio de los tiempos; la cruz en que se dejó enclavar por la verdad y la justicia, le mantuvo en alto para que en la sobrepujante autoridad de esa cátedra de martirio se afianzara el clamor de divina indulgencia: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen;" y si el Redentor volvió a los cielos revestido de inmortalidad, aquí dejó en los pobres la viva imagen de sus padecimientos.

Comprended ahora porqué la caridad cristiana, poniéndose al servicio de los menesterosos, tiene que hacer obra sustancialmente religiosa que en manera alguna se guía por las distinciones que intenta la casuística del interés, ni por las conveniencias o expectativas de orden terreno, ni por el antojo de merecimientos que puedan acarrear honra y provecho. Nó; de manantial más alto, más limpio y más inagotable desciende esta caridad que vosotros, dó-

ciles al espíritu de vuestros fundadores, no habéis cesado de ejercitar. Conscientes os veo de que el acto con que amáis a Dios y el con que amáis al prójimo son específicamente idénticos, y de que el hábito, o sea la virtud de la caridad, abarca y comprende no sólo amor de Dios, sino también amor del prójimo. ¿Habrá otra manera de entender lo que leemos en San Juan? "Este mandato tenemos recibido, a saber: que el que ama a Dios, ame también a sus hermanos."

De las obras que la Sociedad de San Vicente de Paúl ha tomado a su cargo, hay una que fue por caso raro primera en la intención y primera también en la ejecución: Ozanam y sus sucesores la reputaron absolutamente esencial y característica de su institución. Hablo —ya lo adivinais— de la visita que personalmente deben hacer los socios a los pobres, y lo que de ella os voy a decir servirá acaso para puntualizar lo que haya de vago en la noción de la caridad, y la manera peculiar de hacerle que os incumbe.

Pensará alguno que el visitar a los pobres es acto muy loable porque nos obliga a dar gracias a Dios por los bienes que nos ha otorgado y de que muchos infelices carecen. Menguado pensamiento no sin analogías con ciertas expresiones que en el evangelio retratan el contentamiento farisáico! Hacer de la miseria ajena un excitante de la propia satisfacción, paréceme sentimiento muy allegado al de

Lucrecio cuando celebraba el sabroso y tranquilo bienestar que nace del contraste entre la seguridad propia y la contienda mortal en que peligran otros.

Visitar a los pobres no es averiguar por sus dolencias ni tomar cuenta de sus miserias con fines estadísticos o para hacerles llegar en tiempo oportuno el auxilio que han menester. Grande y meritoria labor es ésta; pero —soportad que lo diga— parcial e insuficiente. No hay en efecto ningún caso adverso que no tenga prolongaciones y resonancias escondidas y diversamente dolorosas según sean la delicadeza de las almas y la complejidad de las situaciones. La carencia material de una cosa necesaria es una porción apenas del sufrimiento de los pobres; más allá y más adentro, en los repliegues y entretelas del ánimo está casi siempre el torcedor desesperante y la carcoma de la vida. ¿O es acaso que alguien ignora cómo la intimación de un lanzamiento significa mucho más que una amenaza de intemperie? Hora tras hora se avecina el término fatal y disminuyen los dineros que podrían alejarlo, y hora tras hora encancérase el alma con las mil visiones de llanto, de vergüenza y de ternura desesperada que surgen en torno a ese detalle tan trivial del arrendamiento no pagado. ¿Creíais que todo estaba hecho con propinar la competente medicina al niño enfermo que de seguro recobrará la salud merced a vuestra sabia previsión? Mucho se os debe,

por cierto, pero y ¿qué medicina bastará a compensar las noches insomnes en que el inenarrable amor de una mujer se defendía a solas de esa muerte defraudadora de las suavidades maternales? ¿Imaginábais quizás que suministrándole el pan de cada día, quedábais a paz y salvo con la familia que asistíais? Dios os lo pagará sin duda; pero ¿cómo no se os ha ocurrido pensar que la mirada amorosamente triste de los padres denuncia la tácita congoja de no poder contentar jamás el infantil anhelo y el antojo inocente de los hijos? Qué poco bastaría para hacer florecer una sonrisa plácida, para sembrar un recuerdo apacible desafiador de venideras amarguras, en esos niños sitiados tan temprano por la indigencia implacable y ceñuda; qué poco sería menester para libertarlos de la predestinación al desaliento, a la desesperanza, al fatalismo, tal vez al odio....y ese poco no lo tendrán jamás... jamás!

Visitar a los pobres es cabalmente unimismarse con estos modos de sentir tan peculiares suyos, es atemperarse a su índole extrañamente afinada por las privaciones, es aprender a descifrar las aflicciones interiores en el geroglífico de los ademanes esquivos y en la abreviatura de las palabras vergonzantes, es tener el arte soberano de inspirar confianza y de juntarse con el pobre para devanar con él familiarmente la madeja de los dolores cotidianos, es un dulce y persuasivo razonar que desbarata

el horóscopo de felicidad futura que los desvalidos construyen sin cesar aguijoneados por la perseverancia del infortunio y por la tenacidad de los presentimientos desgraciados. Visitar a los pobres es, en otros términos, un despojarse de sí mismo para adoptar —digámoslo así— la personalidad del pobre y establecer con él una comunión inteligente y compasiva de pensamiento y de afectos.

Que si preguntárais quién me autoriza para llevar tan allá las exigencias de la caridad en la visita de los pobres, yo os respondería que ella no es sino un trasunto y reproducción de la desmedida e insondable caridad de Dios cuando nos redimió. Porque, ¿fue esa redención otra cosa que una visita que el Hijo de Dios hizo a esta raza maltrecha, y enhambrecida y descarriada? Y harto sabéis que no vino a ella en faz gloriosa ni con aparato de magnificencia, mas con humildad condescendiente que le asemejó en todo a estos sus hermanos, cuyas miserias hizo propias y cuyas iniquidades cargó sobre sí y de cuyas flaquezas pudo compadecerse porque dejó franca y patente su alma a la invasión de todos los tedios y pavores, fosco torbellino en que también se anega el alma de los pobres.

Para exprimir en una sola frase de recio vigor el misterio de la caridad redentora, San Juan pronunció estas palabras: "El Verbo se hizo carne." Hacéos pobres con los pobres, y habréis realizado el milagro de la caridad invencible.

Señores socios de San Vicente:

A lo largo del camino secular que ha recorrido vuestra Institución debéis señalar con monumento memorial aquel día de 1857 en que esta ciudad vio germinar la obra de San Vicente de Paúl. Germinar he dicho porque al acendrado espíritu caritativo de algunos caballeros de perdurable nombre, le dio forma y cauce y orientación decisiva la noticia que de la Sociedad parisiense le comunicó un insigne prelado chileno. Ensambladas por la idea y por el espíritu, la Sociedad de San Vicente que arraigó en Bogotá, tuvo providencial analogía con la de París en la juventud de su principal animador, que poseyó como Osanam —así lo ha dicho uno de vosotros— corazón ardiente, talento de pensador y vuelo de poeta. Alma hecha para las ascensiones de la santidad, que prefirió a las armonías de los ritmos bellos. la música interior del espíritu que entabla misterioso diálogo con Dios.

Y yo sé lo que él os diría, si otra vez, huésped de la tierra celebrara con vosotros este día:

"Los que iniciaron esta Sociedad han desaparecido, pero su obra subsiste, o por mejor decir, la obra de Dios persevera, edificio viviente cuyas piedras se van sustituyendo sin mengua del todo ni de la unidad de la vida." Ningún país os ignora, pero cuando hacéis el recuento de vuestros hermanos, su muchedumbre no os complace por ser ostentación de poderío sino por ser admonición de superiores com-

promisos para con los pobres. Ni los galardones de la honra, ni las loas del panegírico os distraen, porque vuestra recompensa terrestre es únicamente no dejar de servir. La rutina cansada no os perturba, porque a través de la indigencia común que remediais seguís, sin darle alcance hasta los cielos, la perfección de Jesucristo. Alas luminosas deben naceros al golpe de la Taciturna para subir hasta las claridades transformantes de la visión eterna; pero, entre tanto, como la oruga en espera de su renacimiento, vivid para Dios y vivid para los pobres en la humildad del espíritu y en el silencio de las obras.

D I S C U R S O

PRONUNCIADO EL 6 DE ABRIL DE 1932, PARA CONMEMORAR EL SEGUNDO CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE DON JOSE CELESTINO MUTIS



Excelentísimo señor Presidente de la República, Patrono del Colegio; Excelentísimo señor Arzobispo Primado, Rector Honorario; respetable Claustro, señoras, señores:

En una tarde de octubre, veintitrés años hace, el gran Rector presidía la inauguración solemnísima del bronce augusto que perpetúa entre nosotros la semblanza del Arzobispo fundador, y muchos de los aquí presentes recordamos con qué emoción vibrante saludó entonces esa efigie tutelar, que no sólo es imágen de una vida que fue, sino trasunto de un espíritu descendido del cielo para morar perdurablemente en este claustro.

Y recordaréis también que no bastándole su propio avasallador entusiasmo para enaltecer a Fray Cristóbal de Torres, evocó las grandezas del Colegio Mayor y su progenitura de varones preclaros y de próceres creadores para que fuesen a un tiempo testigos de la apoteósis del fundador, justificadores de su obra y resplandores de su inmortalidad.

Entre ellos oímos nombrar a don José Celestino Mutis. Más justo sería decir que le vimos restituído a la existencia, merced a las palabras fervientes del maestro: "Ved —nos decía— entra por

la puerta mayor un sacerdote de tostada tez, de grave continente. Es aquel apellidado por Linneo "nombre imperecedero que ninguna edad será poderosa a borrar," el amigo de Humboldt, el mayor sabio de España, y uno de los primeros de Europa en el siglo décimoctavo, don José Celestino Mutis. Penetra a aquella aula, siéntase en la cátedra; sus alumnos se llaman Francisco José de Caldas, Camilo Torres, Joaquín Camacho, José Gregorio Gutiérrez, Crisanto Valenzuela, y muchos más de nombres igualmente ilustres. Los discípulos, andando el tiempo, se trocaron en compañeros del egregio maestro, en miembros de la Exposición Botánica memorable."

Al cumplirse hoy doscientos años del nacimiento de Mutis, patriarca de la ciencia americana, maestro admirable en obras y en palabras, honor de España, prez del sacerdocio, lumbre de este claustro y artífice eficaz aunque indirecto de nuestra soberanía nacional, ¿qué otro homenaje podremos ofrecerle que el de rememorar su vida para rastrear en ella algo del secreto de su genial y multiforme actividad, eso que le confiere derecho para mostrársenos como Padre de la Patria y modelador de la República?

Mutis, sabio y constante pesquisidor de arcanos y valores naturales, daría de sí mucho con qué embebecer a otros sabios y a otros descubridores; pero con ser exquisita esta calidad, tánto, que sólo a los muy peritos y aventajados les es dado estimarla, no nos franquea por sí sola el porqué y la última razón

de la grandeza de Mutis. Desde su época hasta la presente las ciencias naturales, aguzando la vista y centuplicando los alcances de la observación, han esclarecido muchos enigmas y sorprendido numerosas leyes, han planteado también nuevas y amplísimas cuestiones. Dijérase que la naturaleza comprende y siente la inacabable e inexhausta complicación y opulencia de energías, no menos que la sutil curiosidad humana, que no se satisface sino andando de conquista en conquista.

Entre esa opulencia y esta curiosidad está pendiente un desafío portentoso. Un día asistimos a los avances de la razón y la vemos alzarse triunfadora del agramante de los laboratorios, como un imperator de los antiguos tiempos, trae encadenado y rendido entre las cadenas de una fórmula el principio o la ley que enantes se esquivaban tras el fenómeno inconstante; y otro día, como que la misma razón se desentiende de su propia victoria, y salteada por otros misterios y otras lejanías y otras posibilidades que allí mismo columbra, se encoge, rendida y abrumada a su turno, para prepararse otro descubrimiento al amparo de una ensoñación silenciosa.

Parecidos a Moisés han sido los sabios de todos los siglos: como él, dan testimonio de maravillas negadas a los ojos del vulgo; como él, pero en el orden natural, son promulgadores de normas divinas; como él sufren la contradicción de la estulticia y de

la rutina deslumbradora que piden ellas de carne cuando se les ofrece maná de entendimiento; como él, se fatigan en los desiertos de la investigación; como él, hieren las piedras para que broten fuerzas caudalosas; como él, porfían con las multitudes para salvarlas, y como él, fenecen llenándose los ojos con las primeras claridades de una tierra de promisión que es la ciencia que presienten y que adivinan en lo por venir.

Pero ¿quién no advierte que en estos empeños científicos, ni más ni menos que en todos los empeños humanos, valen mucho el logro de cada conquista y la novedad de cada hallazgo, pero valen incomparablemente más y son más decisivos para el amaestramiento y cultura de los hombres, el ánimo, el carácter y la índole del conquistador y del inventor?

No es en el arte de la guerra una batalla ganada o perdida lo que define y constituye al héroe legendario; no es en el arte de la política un acierto o un desacierto lo que consagra o deshace al conductor de pueblos; no es en el campo moral un acto bueno o un acto malo lo que puntualiza al justo o al perverso; nó, es una manera de energía interior, ordenadora e inspiradora perenne de la actividad, es una tendencia o temple infatigable, superior a las vicisitudes circundantes; es un poderío que ni desmaya en lo adverso ni se tuerce en lo próspero; es la obsesión del triunfo que embarga y especifica a to-

das horas el espíritu del Libertador; es la reciura de alma que, "cuanto más se corta más renace" en los forjadores de la República; es el conato insomne del que va en pos de Dios suyugando su propia mortalidad dolorosa; es, en Goehte ,la pertinacia engendradora que en cincuenta años no acaba de acendrar en Fausto el mito de la vida universal; es, en el sabio, la angustia exploradora con que Pascal trasciende lo mínimo y lo máximo para interrogar dos infinitos.

¿Qué es entonces lo que vale en Mutis, y por qué lo estamos celebrando hoy a par de los más excelsos y empinados ingenios, como lo celebraron ayer Linneo por inmortal, Bonpland por maestro indiscutible, Cabanilles y Willdenow por príncipe de sabios, Humboldt por tan admirable y único, que a trueque de verle se desvió trescientas leguas, y ésas penosísimas, del rumbo que llevaba hacia el Perú?

Temo que os parezca insólita la insinuación de que ni los trabajos ni los descubrimientos de Mutis explicarían por sí solos la fama que le acompañó en vida y la veneración con que rodeamos su memoria. Después de él, la naturaleza ha prodigado sus revelaciones, y es obvio que la historia científica de estos últimos años ofrece una sucesión acelerada de inventos, de aplicaciones y de experiencias que unas veces enmiendan y otras rebajan o humillan lo que hace siglo y medio se tuvo por adquisición no menos espléndida que definitiva. Cotejado con el acer-

vo científico de que ahora disponemos, el que juntó Mutis parece por algunos aspectos un puro balbuceo, un anticipo genial, si os place, pero anticipo al fin y al cabo. ¿Queréis la prueba? Pues decidme cuántos son y dónde están los que se deshojan estudiando los escritos de Mutis, decidme qué ediciones de sus obras corren por el mundo. De verdad, señores, que es el caso peregrino éste de un sabio que, al trocar la vida por la gloria del cielo, se llevaba también un pasaporte de inmortalidad literaria, muy bien refrendado por los más ilustres de sus coetáneos europeos y americanos, sin que eso haya contribuído gran cosa a darnos voluntad y apetito eficaces para conocer sus obras, cuya mole increíble ahí se está depositada en el Jardín Botánico de Madrid desde 1817, y siempre "en espera de una mano inteligente que la saque a la luz de una vindicación retrospectiva," como ha dicho el doctor Diego Mendoza. Luego no es la cantidad ni la calidad de los trabajos de Mutis; no son sus deiz mil folios de dibujos y manuscritos inéditos; no es su influencia sobre los naturalistas posteriores, lo que ànima e informa estas conmemoraciones centenarias; nó, es el **hombre** mismo lo que nos mueve, es el temple singularísimo de su ánimo, es la unidad y sinceridad de su vida, realización tranquila, robusta e integral de una vocación sin desfallecimiento y de una certidumbre permanente.

El más o el menos de los resultados obtenidos por

Mutis, no me importa que en siglo y medio no haya sido posible reunir allende o aquende los mares; los dineros necesarios para salvar la incomparable **Flora de Bogotá** de la fatalidad de lo inédito, no me admira; que el soberbio manuscrito de la **Historia de los árboles de quina** vaya a París como simple dechado de caligrafía y de diseño, no es precisamente un argumento de la estimación que se hace de Mutis como sabio, pero pasémoslo por alto; dejadme decir que en Mutis, como en todas las cumbres humanas, como en todos los valores representativos, el hombre vale más que sus obras.

¡Con qué gozo hago esta afirmación aquí, en el Mayor del Rosario, donde el colegial Mutis abrió y regentó sin estipendio la primera cátedra de matemáticas del Nuevo Mundo! Si su nombre nos es tan preciado, si la gloria de llamarle **nuéstro** no tolera comparaciones, no es, nó, porque un día de 1762 comenzara a explicar el curso de Benito Bails, o porque en 1802 reclamara un laboratorio de química para aventajar el estudio de la medicina de este mismo claustro; es porque Mutis pasó por acá mostrando en sí mismo el tipo de la lealtad científica, de la subordinación de toda una existencia a un alto ideal, del desinterés perfecto, de la investigación aquilatada, del amor genuino y fundamentado a la patria, que es fruto de abnegación y de trabajo, no de exaltaciones vocingleras y gárrulas. Por aquí pasó Mutis para dar a los rosaristas perpetuo ejemplo

de la capacidad de concebir y de poner por obras grandiosas y bien encadenadas síntesis de prosperidad nacional tan distantes de la mezquindad que vive de ochavos roñosos, como de la locura fastuosa que de un sol a otro toca los términos de la magnificencia y de la inopia. Por aquí pasó Mutis enseñando, es verdad, relaciones, armonías y proporciones numéricas, pero notificando también a la juventud estudiosa, que ella sería —repito textualmente sus palabras— "el ornamento de la República y la expectación de los patriotas" que no sé si son voces de precursor o profecías de vidente; aquí dijo Mutis, condensando el programa de la enseñanza rosarista, aquella otra sentencia que debería esculpirse sobre las puertas de toda institución docente: "La equidad y la justicia piden que no se engañe al público y a los interesados, manteníendo en el gremio de una ciencia a los incapaces que serían útiles al Estado en otra profesión o carrera." Y me imagino, en fin, que cuando Mutis dejó su cátedra del Rosario porque la Expedición Botánica le llamaba y le urgía, versadísimo como era en la sabiduría del Evangelio, sacó de él la suprema despedida a sus colegas y discípulos: "La verdad os hará libres." ¿Quiénes la oyeron?... El y Valenzuela, Jorge Tadeo Lozano, Francisco José de Caldas...

¿Me atreveré a llamar a Mutis **revolucionario?** Tan desacreditado anda este vocablo, que parece afrenta aplicárselo a quien nos dejó señaladísimos

ejemplos de recato en el vivir y de mansedumbre inteligente. Y, sin embargo, me tienta el antojo de llamarlo así, contando con que vosotros me permitiréis rehabilitar el calificativo.

El cual, a mi entender, padeció mengua y mancilla desde el punto en que sirvió para designar al alborotador medio inconsciente que, con ojos de iracundia, lengua de beodo y ademanes de bestia, anuncia el advenimiento de la torpe violencia. Revolución y revolucionario no significan eso, nombres son de erguida y noble contextura que sólo cuadran a los actos y a los hombres que en un momento decisivo rectifican y compasan el ritmo de la vida.

Porque vivir no es dejarse llevar sosegadamente por una corriente de sucesos; vivir no es profesar el culto resignado de los hechos cumplidos; vivir no es instalarse sabrosamente en la rutina; vivir es caminar hacia la verdad, es andar anhelantes en busca de la plenitud del ser social e individual; vivir es, así en lo estrictamente humano como en lo misteriosamente divino, atenerse al apremiante y deslumbrador mandato de Jesucristo: "Sed perfectos como mi Padre Celestial es perfecto."

En este viaje hacia la perfección marcan un ritmo infalible las leyes morales y las leyes físicas. En ocasiones la mala conciencia, que es siempre conciencia interesada, anula, corrompe o falsifica las primeras, así como la ignorancia y los prejuicios atajan o comprometen el desarrollo de las segundas.

Aparezca entonces un hombre con bríos y autoridad para volver por los fueros intangibles de la ley moral o para desembarazarle el campo a la aplicación de las leyes físicas, y ese tal será un revolucionario.

¿Fueron, por ventura, otra cosa los apóstoles del cristianismo cuando renovaron la faz de la tierra apartándola del ideal pagano y orientándola hacia el evangélico? Se obró o no se obró una revolución cuando fueron reconocidos el microbio y la célula? ¿Fueron o no fueron revolucionarios los que cancelaron algún estatuto que ya no bastaba para asegurar el procomún?

Ahora sí convenid conmigo en que Mutis, apacible sacerdote colonial, plácido e inocente contemplador de la naturaleza, hijo adoptivo de la tranquila Santafé, fue un revolucionario y que sus discípulos lo fueron asimismo. Notemos, eso sí, que no es revolucionario de este jaez el que **quiere**, sino el que **puede**.

De solos veintiocho años, y ya médico graduado por Sevilla, va don José Celestino camino de Cádiz, donde se embarcará para estas tierras con el Virrey Messía de la Cerda. ¿Véisle un poco desmañado y un mucho absorto, tejiendo y destejiendo allá adentro y a sus solas los hijos del pensar mientras cabalga en un mulo asombradizo? No os engañen su semblante bondadoso y sus ojos entrecerrados: ajeno le creyerais al trajín cotidiano de un viaje sin

halagos ni aventuras, cuando en realidad va ensayando sobre todo cuanto se le presenta las fuerzas fecundas de una crítica y de una observación afinadísimas. Mutis es de la ralea de don Quijote, y, como él, posee el don divino de ver lo grande en lo pequeño; por eso embiste el uno contra un ejército de paladines fantásticos de nombres y armaduras resonantes, allí donde el vulgo no percibe sino el manso tropel de unas ovejas; y el otro comprueba y verifica el sistema lineado o imagina las bases de la historia natural de las Españas, allí donde los arrieros, sus acompañantes, apenas descubren una yerbezuela despreciable.

Ojos y oídos le sobran a Mutis cuando se trata de justipreciar hombres y cosas, y es su entendimiento como un prisma que descompone y reduce las apariencias habituales. No le engaña el Tío López con su trato espléndido, su garbo rumboso y sus deprecaciones prolijas, porque luégo advierte que las gentes de esta calaña "son habilísimas en hacer el papel de santo o el de escandaloso, según mejor convenga a sus intereses;" no le entusiasma el majestuoso médico de Malagón, sino que le hurta el cuerpo, visto "que sobre tener todos los resabios de los tunantes valencianos, era aficionadísimo a las disputas escolásticas que sólo se resuelven con ventaja por habladores sempiternos."

Mas las flaquezas humanas y los desengaños que acarrean no entretienen mucho tiempo a Mutis. La

comarca misma que va atravesando y sus menores circunstancias le cautivan potentemente aun cuando parece paupérrima en novedades y maravillas naturales. Grande y primera lección es ésta de patriotismo genuino, porque no se ama bien sino lo que se conoce justamente, y así, no hay patria sino cuando a poder de inteligencia y voluntad se compenetran y unimisman los hombres y el suelo que les corresponde. Entonces sí que puede decirse que el hombre es el alma de su tierra, que lo que a ella vulnera, a él lo hiere, y que la tierra, así animada, es el órgano inmenso que traduce todos sus sentimientos: desde el artístico que la adereza y engalana, hasta el social que funda y organiza las nacionalidades típicas; desde el económico y expansivo que preside a las industrias peculiares que para los propios son bienestar competente y adecuado y estable, y para los extraños son utilidad reconocida, hasta el mismo sentimiento poético que le roba al suelo y a la naturaleza las formas e imágenes con que ha de arropar las temblorosas creaciones de la mente.

Mutis está en Cádiz, y mañana le encontraremos a bordo de la **Castilla**, que le dejará en Cartagena. Un mundo de proyectos bulle delante del sabio y del descubridor: ni los insectos de la nave, ni los pájaros que otean las aguas, ni los peces voladores que resbalan al ras de las olas, ni las algas luengas y ondulantes, escaparán de sus estudios; tam-

poco dejarán de reparar en el gobierno del buque, ni en las singularidades de sus moradores, ni en las demasías de la chusma... Si estos son los aprestos y estas las vísperas de la carrera de Mutis, ¿qué hará cuando tenga presente la inexplarada magnificencia tropical, paraíso nuevo de los naturalistas y Hispérides milagrosos donde cuajan todos los portentos, y que apenas han sido avizoradas desde lejos por Joaquín el de Layde?

Al señor Virrey de la Cerda y Cárcamo, Marqués de la Vega de Armijo le dan más cuidado —así lo cuenta Mutis— las dolencias que le afligían en realidad o que recelaba en lo futuro, que todas las averiguaciones de su médico. Si su Excelencia hubiera visto más a los hombres y más a lo lejos, no sé yo si habría hecho escrúpulo de llevar en su séquito a don José Celestino. Porque ese hombre, que tenía tan ahincado en el corazón el afán de escudriñar la naturaleza, forzosamente lo traspasaría y comunicaría a los jóvenes del Virreinato, y una vez que ellos se percataran de los arcanos, riquezas y prometimientos de su tierra, ¿cómo no había de ocurrírseles ser señores de ella? ¿cómo no habrían de comprender que sería dulce y decoroso morir por una patria que tan amorosamente había investigado? Y mirad también, señor Virrey, que sería menos arriesgado llevar con vos algún buscarruidos truculento o algún perdonavidas arriscado, que no un pensador a estilo de Mutis, porque a ésos los

meterías en cintura por la fuerza cuando pretendieran encabezar alguna mesnada en rebeldía; pero a este portador de ideas, a este manso despertador de inteligencias, ni vos, ni Su Majestad podréis acusarle de atentado contra las prerrogativas reales. Es, señor Virrey, que a los hombres de pensamiento lo que menos les interesa es la ambición de autoridad; conténtanse siempre con aquella moderada influencia que sus ideas puedan tener sobre los espíritus capaces de comprenderlas.

Y como el caso de Mutis no fue aislado, yo diré aquí que a España le debemos nuestra propia independencia. Ni penséis que estoy fabricando paradojas. "Si nuestros gobernantes —ha dicho Menéndez y Pelayo— no llegaron a prever con tiempo que el espíritu ardiente de los criollos no había de contentarse con la ciencia pura, sino que habría de lanzarse rápidamente a las extremas consecuencias políticas, que en aquella cultura venían envueltas, aun esta misma imprevisión es para sus nombres un título de gloria. Por donde se ve cómo el sabio José Celestino Mutis, sin apenas pensarlo, fue un verdadero precursor de la nacionalidad colombiana.

Pero volvamos al naturalista, que ya va subiendo el río de la Magdalena. Poco lugar hay en su **Diario** para las penalidades infinitas de semejante travesía; lo hay, en cambio, dilatadísimo y casi exclusivo para traducir el perpetuo pasmo de andar de maravilla en maravilla repitiendo siempre

a lo largo del camino lo que escribió en el playón del Palmar: "Ningún sitio tan ameno, ni tan delicioso para un botánico europeo... por el corto espacio de una playa me hallé con un crecido número de plantas no vistas, y unas por nuevas, y otras por no observadas, todas llamaron igualmente mi atención." Cargado así de riquísimos datos, se imagina Mutis estar ya recogido a la quietud de Santafé para ordenarlos y transmitirlos a sus corresponsales de París y de Londres, de Estocolmo y de Berlín; pero no contaba con su oficio de médico, y fue una misma cosa llegar a esta ciudad y despedirse "de todo aquel ocio que pide un estudio serio." Menudeaban las consultas, llovían los compromisos, flaqueaba su propia salud, y perdía Mutis la paciencia ante la insensatez de los santafereños. Porque nunca se ha registrado farmacopea más homicida y supersticiosa que la de aquellos antepasados nuestros, rematadamente fatuos —así lo dice Mutis— en asuntos de medicina; porfiadamente crédulos en absurdas consejas tradicionales, ávidos de secretos curativos ridículos, temerosos y provocados a un tiempo de alguna estupenda y sigilosa intervención diabólica, fidelísimos, sobre todo, en observar ajustadamente todo régimen que preconizara por prenda de eficacia, las más desastradas inmundicias. Aquí fue donde Mutis comenzó a esgrimir el arma de su crítica y a desafiar los desatinos de la credulidad bobalicona, tenaz y dañina

que fue característica en aquellos tiempos y que no sé si haya sobrevivido a los tajos y reveses del facultativo gaditano.

Por esos días escribió Mutis: "Hállome sumergido en las amarguras de la medicina, con las puertas cerradas a todas mis ideas, y sin el tiempo que yo deseara para emplearlo en el estudio de la naturaleza. Mucho más le faltó cuando en 1762 se le presentó el Rector de este Colegio Real Mayor de Nuestra Señora del Rosario a pedirle ahincadamente que viniese a leer medicina en el claustro; instancias baldías, porque Mutis —ignoro sus razones— no consintió en ello. Propúsole entonces la cátedra de matemáticas, que sí aceptó, y con ella, la beca de colegial.

Tal vez me ciega la veneración indecible que profeso a este Colegio, tal vez me subyuga su grandeza secular, tal vez aquella veneración y esta grandeza me obligan a buscar dondequiera nuevos motivos que abonen y exalten ante la República esta incomparable institución tan estrechamente ligada a los destinos patrios, pero, ¿cómo no sentirnos ufanos al saber que si Mutis fue el sabio y el precursor y el revolucionario que hemos dicho, este Colegio le comprendió antes que nadie, y por eso le alzó sobre la cátedra y le dio oyentes y le hizo reconocer como maestro?

Jamás, andando el tiempo, olvidó el Colegio a su catedrático; cuando allá fuera su memoria iba en-

trando ya en los yertos limbos del olvido, este viejo Claustro, con el concurso del Gobierno Nacional, le ofrendó el monumento ciertamente único de la Quinta que se honra con su nombre. No suelen los hijos de fray Cristóbal contentarse con palabras, obras quieren y obras duraderas ejecutan para honrar a los maestros: ayer levantaron la fábrica conmemorativa; hoy bajo la mirada del sabio, las enseñanzas y tradiciones del Claustro Mayor se prolongan allí en obsequio a la primera juventud; mañana... acoged mis sueños y dadles existencia, ¡oh hijos del Colegio, oh nobles ciudadanos!... mañana, ¿por qué no hemos de crear allí mismo para perpetuar nuestra gratitud al "sacerdote de Dios y de la naturaleza" el primer intento de jardín botánico de esta capital?

La presencia de Mutis en la cátedra de matemáticas del Rosario, primera del Nuevo Reino y aun del Nuevo Mundo, equivale precisamente a una revolución. El criterio de autoridad, insubstituible y perentorio cuando se trata de lo que sabemos y creemos por fe sobrenatural, se aplicaba todavía de este otro lado de los mares a las cuestiones científicas para mayor confusión de ellas y general estancamiento de las inteligencias. La frase os parecerá trajinada, y lo es sin duda, pero también es cierto que sólo así se explica cómo la defensa del sistema copérnico le costó a Mutis verse envuelto en un proceso y denunciado por herética pravedad ante la su-

prema Inquisición de Castilla. Y si lo que dije del estancamiento pareciera extremoso, váis a saber del propio Mutis cuál era el tenor de las mentes santafereñas: "Si hubiere de ir anotando —escribe a un su amigo— las ideas extravagantes de los hombres del país, me faltaría tiempo para apuntarlo. Es increíble que en nuestra época pueda haber país donde sus individuos piensen tan erradamente. Yo, en tales ocasiones, no hallo otro recurso que tomar sino el silencio, por no exponerme a unas contradicciones insoportables... Oir contar a estas gentes algunos efectos de la naturaleza es pasar el tiempo oyendo delirar a unos locos... Que esto sucediera entre viejas ignorantes o entre hombres nada instruídos, no causara mucha admiración; pero que las mismas relaciones oiga un viajero en boca del vulgo, que en la de los que se tienen por más racionales... para esto no hay consuelo... Dé usted gracias al cielo de no hallarse aquí donde la racionalidad va tan escasa que corre peligro cualquier entendimiento bien alumbrado".

De estos entendimientos bien alumbrados los había numerosísimos entre la juventud. Se desatendió, pues, Mutis de las gentes mayores, irreformables por machuchas y avejentadas, y puso en las manos de la edad floreciente las normas, criterios y métodos de la demostración racional y de la experimentación sesuda, hizo que tocasen y sintiesen la realidad de la naturaleza, y en la juventud del Vi-

rreinato se cumplió la fábula de Anteo. Tal fue la labor de Mutis en la cátedra rosarista, en la Expedición Botánica y, ya avecinándose a la muerte, en la Sociedad Patriótica.

¡Ah! y no pensemos que Mutis lisonjeaba atropelladamente a la mocedad brindándole con honras y provechos inmediatos; mostrábale más bien fines y propósitos, de esos que sólo al cabo de una vida laboriosa y austera pueden verse logrados: "el honor de la nación, la utilidad del público, la extensión del comercio, la ventaja de las ciencias, la riqueza del erario y la gloria de los gobernantes" que tales empresas prohijaran.

Luego no fue Mutis de aquellos profesores cuyo magisterio engendra discípulos ensimismados y egoístas, sin otro horizonte que el muy angosto de sus satisfacciones personales. La innegable originalidad de este sabio consistió en que sus trabajos se enderezaron siempre a procurar engrandecimiento a la patria y desahogado bienestar a la ciudadanía.

Porque era él, ante todo, varón bueno que había nacido para difundir en torno suyo la bondad. Los griegos, con Aristóteles a la cabeza, habrían compendiado en la concisión de este apotegma, todo su panegírico; Mutis lo mejoró consagrando mediante el sacerdocio su vocación benéfica y a la par contemplativa. Esas relaciones que enlazan las muchas y variadas esencias del universo material fue-

6

ron para él punto de apoyo para lanzarse de un vuelo hasta el inefable principio de donde todo mana y se deriva; allí reconoció la eterna y purísima fuente de bondad en la cual residen y de la cual perennemente fluyen los arquetipos de cuanto es sublime y bello y útil en el mundo físico, y de cuanto es honesto y santo en el moral; allí encontró como un escondrijo secretísimo la inquebrantable fortaleza que gobernó sus actos y les hizo producir acordes sobrepujantes de ciencia y caridad.

Quizás tengamos oídos para percibirlos y compensar muchos desvíos y sinrazones que afligieron a Mutis. No quiero hablar del panameño López Ruiz —Iscariote de esta historia,— charlatán aventurero que dio en la manía de disputarle el hallazgo de la quina, para ejercitar al descubridor en un continuo sufrimiento de quince años, y usufructuar las mercedes del Soberano y los doblones de las cajas reales; de paso, nada más, haré alusión a la simplicidad santafereña, que ya en aquellos tiempos sabía condenar y menospreciar por extravagantes y raros a los que no alcanzaban a comprender ni podía resignarse a admirar. ¡Mutis raro y Mutis extravagante; era inevitable que se le regalasen estos motes, siete veces maldecidos, a quien prefirió ordenarse de sacerdote aquí y no en España, para excusar honores y dignidades que cuando son solicitadas con intriga, recibidas con fruición y guardadas con empeño denuncian la in-

curable nulidad del pretendiente; Mutis raro, porque "la inseparable melancolía de su constante padecer amarguras y emulaciones" —notad que son palabras suyas— le volvió retraído y reservado, o "le hacía proferir con santa ira que darían estrechísima cuenta a Dios los que no remediaban el letargo en que yacían estos vasallos;" Mutis extravagante, porque impugnaba (también es cita literal) "a los que contentos con lo que aprendieron de sus mayores o por sí mismos, creen que no hay otra cosa que saber;" Mutis extravagante, porque se hizo apóstol de la inoculación de la vacuna, y porque anteviendo la filología comparada, se dio a la tarea de coleccionar gramáticas y vocabularios aborígenes "para salvar la preciosa antigüedad de estos idiomas;" Mutis extravagante, "porque no le seducían las fiestas del Virrey y huía de ellas para librarse de los enconos que produce el trato de las gentes." No fue, ya lo veis, fácil ni gloriosa la carrera de Mutis entre nosotros, tal vez por aquello de que "nadie es profeta en su patria", axioma que el sabio glosaba de esta suerte en una carta al Secretario del Arzobispo Virrey: "¿Qué progresos podrá hacer un hombre sin protección y con la nota de distraído, de ideas extravagantes, según estos sabios de otro tiempo, en el Palacio y en la capital del Reino?"

Aun cuando todo bien mirado, ¿por qué no habían de acertar los santafereños al vilipendiar co-

mo extravagante, raro y original a Mutis? Si no estoy equivocado, fue Dostoiewski quien escribió en un prefacio célebre: "Antes de mofaros de esos que apellidáis originales, pensad que tal vez lo son porque agotaron el contenido ideológico de su siglo y han principiado a vivir y a pensar en el siguiente."

Originalidad es ésta que no tiene nada de ridículo y sí mucho de admirable, visto que se opone diametralmente a la flaqueza esencial que abrió camino al desbarate de las antiguas civilizaciones. Ellas, en efecto, estuvieron más atentas a la glorificación de lo pasado que a prevenir las contingencias del futuro.

Supondréis sin dificultad que eran muy otras las opiniones comunes y corrientes en Santafé; ellas determinaron a Mutis —Dios sabe con qué apremio —a dejar la ciudad y trasladarse primero a las Vetas de Pamplona y luégo al Real del Sapo, en jurisdicción de Ibagué, para dirigir el laboreo de las minas, industria que, a su entender, podría convertirse en copiosísima fuente de riqueza. Mas proseguía juntamente y en medio de miserias increíbles sus trabajos de historia natural con la firme resolución —es él quien lo afirma— "de concluir sus días en aquella hórrida soledad del Sapo, dejando a la piedad del Rey la edición de sus obras y la satisfacción de sus deudas".

A no ser por la llegada y visita del Arzobispo Virrey Caballero y Góngora, ese habría sido el fi-

nal destino de Mutis, y allí habría fenecido el hombre famoso a quien desde París escribía M. Le Blond, médico naturalista del Rey: "Habré recibido cerca de veinte visitas de los botánicos más célebres de Europa, no más que porque saben que he visto y conozco a usted." El contraste no puede ser ni más elocuente ni más doloroso.

De la entrevista que tuvieron en Ibagué el Virrey y Mutis nació propiamente la Expedición Botánica. El Prelado magnífico comprendió al sabio humilde y se persuadió que estas colonias del hemisferio septentrional americano no eran sino un diamante en bruto, de irradiaciones increíbles el día que le acabasen de descubrir y le pulimentasen de consuno las ciencias naturales y matemáticas, base de las económicas e industriales. Veinte años atrás, nada menos, se había cansado Mutis de hacer representaciones y de multiplicar memoriales a Su Majestad en este sentido, sin lograr audiencia ni despacho, tal vez porque en las Cortes las razones no se estiman por ser razones, sino por los patrocinadores y abogados que las sustentan, o porque Mutis al fin y al cabo no era sino Mutis, quiero decir, sabio de entrecasa y nacional, y, por lo mismo, desestimado y hasta sospechoso. Que algo hubiera de esto, nos lo certifica el biógrafo Gredilla, que advierte lo que vais a oír: "Sabedor el Arzobispo de que el Rey había concedido permiso a Humboldt para visitar nuestras colonias de Améri-

ca, le pareció depresivo para España que los extranjeros se adelantasen a investigar científicamente aquellos dilatados países, arrebatando así a los españoles el legítimo orgullo y gloria de los descubrimientos; por lo cual, anticipándose a la Corte, por sí y ante sí y sin autorización previa, estableció a principios de 1782 la Expedición Botánica y le dio por Director a don José Celestino Mutis y por colaboradores a don Eloy Valenzuela y a don Antonio García, ambos criollos del referido Virreinato." Gracias os sean dadas, señor Arzobispo, porque tuvisteis la audacia de creer y el valor de comprobar que los nacionales e indígenas sí eran capaces de acometer y rematar grandes empresas!

Casi dos años después recibía Mutis el título real de primer botánico y astrónomo de la Expedición; pero ya era muy tarde... Por extraño que parezca, la tragedia del maestro comenzó con ese nombramiento, que lo sorprendía sin alientos, agotado y enfermo por el rigor de los climas, urgido y apretado antes de tiempo por la senectud, y con la muerte al ojo, como suele decirse. Si cuando una y otra vez solicitaba veinte años antes ese nombramiento y esos amplios poderes para organizar la expedición, se los hubieran concedido, ¡qué otra habría sido su suerte! A esas horas estarían ya reunidos los numerosísimos materiales del Nuevo Reino, o cuando menos la grandiosa **Flora Bogotana**; la faena trabajosa de recoger, clasificar y dibujar, labor

propia a la edad vigorosa y gallarda, ya estaría concluída, y Mutis, con cincuenta años a cuestas, podría dedicarse a pie quieto y en la paz de su estancia, a construir la síntesis razonada de tantos elementos, y a coordinar sus variadísimas observaciones para exhibir, finalmente, un cuerpo de doctrina bien trabada. Por desgracia, Mutis, de treinta años, no halló crédito, no logró estímulo, no fue auxiliado para llevar a cabo ese monumento de "amor nacional," como él mismo lo llama. Y a Mutis, de cincuenta, le sobraron cédulas, títulos y poderes del Rey, pero le faltó vida y le traicionaron las fuerzas.

Perseveró, no obstante, fiel a su vocación de naturalista y a la tardía comisión de su soberano, y en sus dos residencias sucesivas de Mariquita y Bogotá se aplicó heroicamente a acrecentar su documentación, y a allegar con ardiente codicia cuanto podía serle de provecho. Veinte mil muestras llegó a contener su herbario, refiere Caldas; hizo dibujar siete mil láminas de nuestras plantas; acopió cuatro mil folios de manuscritos, coleccionó maderas y especies, conchas minerales y fósiles; y en una serie de cuadros al óleo, cuyo paradero se ignora, dejó representados los animales del Nuevo Reino. A lo último, y como símbolo supremo de su espíritu, jamás abatido y siempre abierto a las lumbres de la universalidad ultraterrena, edificó el observatorio. Mas como si todo en la vida de Mutis tuviera que ostentar el sello del desinterés y de la ab-

negación, hay sólidos fundamentos para creer —y es el doctor Diego Mendoza quien lo anota- que de la mortuoria de Mutis se pagó el costo de aquella atalaya de los cielos.

Habrá quizás alguno a quien la pompa y el ruido de estas conmemoraciones seculares hagan pensar que no son sino un eco de otra tànta gloria que hubiera preservado a José Celestino Mutis de tristes desengaños, o por lo menos de algún amago de desilusión. ¡Qué engañado estaría! A veces me figuro que los centenarios se hicieron para extingir remordimientos colectivos o para cumplir alegremente ciertos deberes de reparación y desagravio. Que así sea en este caso, yo no entro a decidirlo; resolvedlo vosotros oyendo esta despedida de Mutis a Martínez Sobral, que le instaba porque volviese a la Península:

"He renunciado años há a todas las ambiciosas miras a que suele ser inclinado el corazón de los mortales... la edad apaga los fuegos de la juventud, y mis particulares reflexiones cristianas han cortado de raíz las esperanzas de mi vuelta... porque nada llena ya mi corazón, nada, sino el testimonio de una buena conciencia para esperar, si no a rostro firme, a lo menos con un ánimo prevenido, los últimos instantes de esta miserable vida." Conocíais a Mutis como naturalista, y os habéis olvidado de que fue cristiano y sacerdote. Pues ahí le tenéis de cuerpo entero.

Cuentan los biógrafos de Mutis que, domiciliado ya para siempre en Santafé en la postrimera etapa de su vida, fundó una escuela de dibujo para los niños huérfanos de esta ciudad. Esa, señores, es la última esperanza de don José Celestino. Y pienso ahora que alguna vez entró al recinto de su escuela, ya muy achacoso, desmejorada su robustez, inseguros los pasos, agobiado el busto y empañados los ojos por el vaho de la calentura. ¿Veis con cuánta fatiga se pára a examinar esas semillas que está dibujando un pequeñuelo? Tal vez serán las de la **mutisia** que consagró su nombre en la botánica...pero los rasgos son tan rudos, la mano tan novicia, la observación tan inexperta¡... Mutis alza los ojos y se queda en suspenso cavilando: ¿cuántos de estos niños saldrán a correr los riesgos de la emancipación que se avecina, cuántos llegarán a la ribera ideal de la República, cuántos irán a engrandecerla perpetuando esta chispa de amor al suelo patrio?

Y Mutis otra vez se inclina sobre el niño y, guiándole la mano, corrige las líneas del diseño... lentamente...



LO QUE HAY DE DIOS EN LA VIDA DEL LIBERTADOR

Oración fúnebre pronunciada en la Basílica Primada en honor del Padre de la Patria, Libertador Simón Bolívar, en el primer centenario de su muerte. Diciembre 17 de 1930.



Excelentísimo señor, señores ministros, ilustrísimo señor:

El gobierno nacional ha querido que a las preces arcanas con que la Iglesia implora del Señor la glorificación eterna del Padre de la Patria, se junte el clamor religioso de una oración fúnebre que rememore lo que hay de Dios en la vida del Libertador Simón Bolívar. Las supremas autoridades civiles al disponer este homenaje nos han puesto de presente la grandeza del héroe en toda su misteriosa integridad. No piense nadie que para sublimarlo dignamente basta contar los pasos vencedores y acelerados con que una y otra vez midió el territorio de la Gran Colombia; los ojos que pudieran habituarse a la fulguración incesante de la espada de Bolívar, no han visto aún todo cuanto hay que ver en él; los oídos hechos a aquel estruendo de victorias que fue creciendo desde Arauca hasta Boyacá, tienen todavía que escuchar; habrá quien no se intimide ante la profecía delirante de Casacoima; pero ése no ha tocado los linderos de la pujanza del héroe; y quien haya escrutado sagazmente los dictámenes que encerró Bolívar en el manifiesto de Cartagena, en la carta de Jamaica o en los discursos de Angostura, todavía no ha lle-

gado al centro radioso donde se concertaron la luz y el fuego de la emancipación.

Porque a través de lo humano, que es asunto de la historia, es preciso adivinar y como entrever una Razón Altísima, que no sólo suele manifestarse directamente, pero que asiste infatigable y próvida a todas las mudanzas terrestres. Razón que sembró en el universo la energía que nos sirve y sustenta, razón que dejó una huella suya en cada mente para que se gobernase con acierto y se avecinara a lo divino. Razón que en otra esfera sojuzga las edades, da rumbo a los sucesos y desconcierta los planes tortuosos e inícuos de los hombres. Pero esto no lo realiza Dios con la violencia ineludible de las fuerzas ciegas, sino con el imperio avasallador de la inteligencia humana. Diríase que el Omnipotente prefiere a su propia intervención abrumadora, la intervención de una criatura suya que le reemplace; cuando la há menester la predestina y quizá a través de muchas generaciones la prepara, ordena en torno suyo acontecimientos y circunstancias de todo linaje; como el sol a la tierra con sus rayos, así la insiste El con sus dones espléndidos, esfuerza luégo y aquilata todas las preeminencias racionales que hacen del hombre una imagen de la Deidad, ordena en fin que aparezca en el mundo y, como para no menoscabar la excelsitud a que la destina, la obliga a ser descubridora de sí misma. Una Provin-

dencia particular se encarna en tal criatura, y es todo su ser un teatro donde la acción divina va desarrollándose tan imperiosa e incontrastable, que, sin advertirlo muchas veces, los contemporáneos se doblegan ante ese poderío que no comprenden y en cuyo celestial origen no reparan. Hé ahí el secreto del pasmo, inviolable al tiempo y a la muerte, con que han sido mirados los verdaderos genios. "Hombres representativos" los llamó alguno; "figuras simbólicas y arquetipos humanos," los apellidó un moderno; pero ninguno de esos nombres exprime lo que son en realidad, lo que fue señaladamente el Libertador: un alarde valentísimo de la magnificencia divina.

Mirad, señores, que no es ruin la fe cristiana cuando exalta a los elegidos de Dios: ora sean naturales, ora sobrenaturales las dádivas que en ellos vierte, de una misma fuente infinita las hace proceder y a un mismo raudal eterno las hace confluir, bien que por diversos caminos La perspicacia terrenal no hallará para enaltecer al Libertador otro medio que el consabido de ponerle en parangón con otros héroes; mas la fe cristiana no se satisface mientras no reconozcamos en él un vestigio preclaro de los atributos de Dios. Vestigio que también es único y sin par; porque así como el trance de la independencia colombiana no fue repetición de ningún otro suceso, ni volverá a registrarse en los siglos de los siglos, así también tenía que ser

sin ejemplo, sin semejante y sin sucesor el hombre que Dios previno para que fuese alma y vida de aquella revolución extraordinaria.

Así, no ha de pareceros que es ponderación extremosa y desatentada el poner en Bolívar, fundador de naciones, un rastro de la energía creadora con que el Hacedor hizo salir de las entrañas informes y vacías del principio, el concierto acompasado de los mundos; ni os será dificultoso imaginar que las razones con que el Libertador dio luz de entendimiento a las colonias adormecidas para que comprendiesen y salvasen sus propios intereses, fueron un trasunto de la palabra que desencadenó las vibraciones luminosas en el seno de la tiniebla primordial. Que si en lo antiguo se hizo sentir el Señor como Dios de los ejércitos y pasó por las mentes de su pueblo con arreos de luchador, en faz guerrera y decorado de bélica bravura, para que le atribuyesen la derrota y exterminio de los opresores de Israel, no será osadía trasladar a el alma del Libertador un hálito de aquella ira tremenda que avienta y desmenuza la servidumbre infausta, la prepotencia malvada y el atropello enceguecido.

Hay, de otra parte, analogías patentes e inconcusas entre la naturaleza y la gracia. Por algo se ha dicho que ésta no niega ni destruye a aquélla, sino que la corrobora y perfecciona: en todo lo puramente humano se columbra algo de lo estric-

tamente divino, y, a juicio del Apóstol, lo visible da testimonio de lo que está escondido y repuesto en la Divinidad. Por eso no nos basta admirar en Bolívar un jefe y legislador capaz de entrar en liza y de sostener la competencia con cualquier otro señorío y dominación; vémosle más bien como los hebreos a Moisés, salir de la niebla augusta y temerosa que envuelve al Sinaí de los designios celestiales; viene sellado en el semblante por la majestad de una comunicación excelsa y hecho depositario de consejos divinos que engendrarán la libertad americana. Tráelos grabados en la fortaleza imperturbable de su espíritu y hasta en la contextura y temperamento de la carne; quebróse ésta, hoy hace un siglo, al impulso angustioso de la idea no comprendida; así quebró Moisés las tablas legales en rapto de iracundia ante la necia villanía del pueblo; pero, ni el ademán destructor de Moisés aniquiló los mandamientos, ni el deshacerse la forma corpórea de Bolívar atajó la libertad de un continente.

Bolívar aparece entre los patriotas hacia 1808. Dos años antes había tomado desde Europa la vuelta de Caracas, llevando consigo el propósito de libertar a Venezuela. No vayamos a creer que estamos en presencia de un soñador que juntaba con el lujo de la vida el fasto de las palabras retum-

bantes. La gentil e hirviente mocedad del héroe podrían sugerirnos esa imagen trivial que no traduce la grandeza que ya se albergaba en su espíritu. Afinado al contacto de los rancios abolengos españoles, de la sutil cultura parisiense y de las legendarias proezas romanas, no había lugar en él para la índole arrebatada y desvanecida del rebelde vulgar; capaz de medir las hazañas consulares de Bonaparte y de contemplar de hito en hito las glorias napoleónicas, no podía seducirle la fama borrascosa y fugaz del insurgente adocenado; habituado, en fin, a la sociedad de sabios como Cuvier y Gay Lussac, hecho al trato familiar con aquel descubridor científico de América que se llamó Alejandro de Humboldt, Bolívar no podía degenerar en un gárrulo e inconsciente agitador de muchedumbres.

Por eso no se apresura a amotinarlas, ni a pregonar la insurrección, sino que aguarda a que el trastorno y desconcierto de la monarquía peninsular, abra camino firme y leal para el establecimiento de un gobierno propio en Venezuela. Una dinastía sucedió a otra en Bayona, y los españoles, celosos de sus fueros, crearon la junta suprema de Sevilla; era el momento de introducir en estas vastísimas dependencias ultraoceánicas el mismo régimen. A Fernando el desposeído tenía que suplirlo una junta de gobierno que se titulara "de Caracas," y su creación fue el grande empe-

ño de los próceres que con Simón Bolívar se reunían sigilosamente en las márgenes del Guaire.

El primer paso del Libertador en la vía sacra y triunfal de la emancipación fue para él mucho más que un compromiso, fue un sometimiento ilimitado a la idea fundamental de la independencia latinoamericana. Bolívar desde entonces deja de pertenecerse y queda subyugado por un hechizo intelectual que le atrae y le impulsa a veces inclemente, a veces frenético, jamás blando, siempre irresistible. ¿No veis acaso los ojos de Bolívar? Son ojos que parecen abiertos por el espanto o por la angustia de no dominar un ámbito inmenso que constantemente se le ofrece y del cual no le es lícito desviarse; sobre esas pupilas vigilantes e insomnes, la frente se recoge en múltiples arrugas que mantienen alzado el velo de los párpados y simbolizan o denuncian la tensión mental que allá en el interior no permite que el espíritu se aduerma y escape a la fascinación de las ideas.

¿Cuáles son ellas? A diferencia de la revolución del 89 que tomó por base los derechos del hombre, la independencia americana se caracterizó por el intento de que cada pueblo fuese señor de sus destinos y poderoso a gobernarse por sí mismo. Bolívar vio con clarividencia innegable que la continuación del régimen colonial fomentaría de este otro lado de los mares, un marasmo e inacción esencialmente reñidos con los destinos naturales

de tan prodigioso territorio, y enteramente opuestos a su propio bienestar y aun al equilibrio del universo. Un continente dos veces mayor que Europa, sin ponderación rico y abastecido, propicio a la cultura y a la inteligencia, tenía por cierto sobrados recursos para vivir por cuenta propia y sobradas razones para ser algo más que la despensa inagotable y exclusiva de una sola nación. Comunicados libremente a todos los países esos bienes, traerían otros que realzarían a América y estimularían el afán laborioso y emprendedor de sus habitantes; ellos, por su parte, al emparejar en soberanía con todas las naciones, tenían que convencerse, hoy o mañana, de que las sociedades no son respetables ni logran crédito ni afianzamiento sino merced a las sanas costumbres, al orden y a las leyes justas y santamente obedecidas que, cuando le dan paz y prosperidad a un pueblo, le dan también armas y defensa.

Así eran las repúblicas que Bolívar entreveía en este continente que por entonces, como él mismo lo dijo, "estaba ausente y como secuestrado del universo, sujeto al monopolio de casi todos sus productos, impedido en su desarrollo, estancado por las trabas entre provincias y provincias, afligido además porque la administración del poder encomendada a los europeos con exclusión de los criollos, ponía a éstos en condición de extranjeros en su propia patria.

Mudar tal estado de cosas fue el ideal del Libertador, a quien sólo una grosera incomprensión o una incurable pequeñez pueden representarse como un revolucionario sin conciencia, ávido de postrar la autoridad legítima y de anunciar una libertad licenciosa y anárquica. De Pradt, arzobispo de Malinas, no lo juzgaba así en 1829: "La acción de Bolívar abarca el mundo y se le debe respetar como a un biehechor del universo: su nombre tendrá que figurar entre los más dignos de ofrecerse a la admiración del género humano."

Y a fe que el ilustre prelado no habría contradicho a quien, discurriendo acerca de la obra de Bolívar, advirtiera en ella el cumplimiento de la parábola evangélica de los talentos. Quiere Dios en efecto que los caudales confiados a sus siervos no yazgan soterrados y ociosos, sino que entren a la circulación para común beneficio y aprovechamiento, no menos que para honor y gloria del Señor que los distribuyó. Manos acuciosas y diligentes, labor asidua y solícita pide El a los hombres que hace depositarios de sus bienes, y, a fin de que la negligencia y el abandono no le defrauden, intima llanto y rechinar de dientes a los administradores holgazanes.

Y no fue de éstos Simón Bolívar, a quien Dios hizo comprender que el nuevo orbe hispánico, convertido en repúblicas y compuesto de naciones independientes, introduciría en el escenario jurídi-

co y político del mundo una suma incalculable de acciones y reacciones morales y económicas, multiplicaría en él la representación de la soberanía y por el mismo caso, haría oír voces nuevas en medio de los conflictos europeos, aportaría elementos preciosos para dilucidar los problemas y cuestiones que se agitaban más allá del mar océano y quizás haría triunfar la solución equitativa y sabia cuando pusiera en la balanza de la justicia y de la verdad el voto y la influencia de tantas nacionalidades.

No pueden ser otros los destinos providenciales de esta América. Su historia se mueve entre dos genios: el Descubridor y el Libertador; desde Cristóbal Colón hasta Simón Bolívar, América fue la nebulosa gigantesca, henchida de portentos, sin más trayectoria o rumbo que el de la madre España. Dijérase que su poderío, a manera de cometa prodigioso, se alzó en el horizonte de Europa y la asombró por la fuerza del núcleo que era la península, y por la esplendidez de la cauda, que era América. Pero otro día surgió Bolívar y la nebulosa se aglomeró en los centros que su voz y su espada designaron; del hemisferio austral ha desaparecido la cauda soberbia, prolongación de la grandeza hispana; el Libertador formó con ella una constelación de pueblos libres.

Hay quienes llamen prematura la emancipación americana y pongan en Bolívar la tacha de haber

sido un soñador imprudente y mal avenido con la realidad; un visionario que se anticipó a la sazón oportuna y malogró los frutos de su ardimiento indiscutible. Prueba de ello —nos dicen— son las revueltas periódicas, las discordias intestinas, la paz mal segura, el vaivén de la prosperidad, las malandanzas políticas y hasta las dificultades exteriores que nos han traído en continuo sobresalto. Ignoran o fingen ignorar los tales que jamás se ha implantado en el mundo una idea o reforma saludable sin suscitar contradicciones, tanto más bravas y feroces, cuanto más necesaria e inaplazable es la transformación que se anhela. E ignoran también que las ideas no son fuerzas brutales que suprimen la resistencia aniquilándola, sino energías espirituales que deben labrar la perfección humana a través de muchas vicisitudes. De ser aceptable el criterio asombradizo de esas gentes, habría que llamar prematura e intempestiva la mismísima predicación del Evangelio, visto que la humanidad no se rindió a él completamente sino después de crudelísimas persecuciones, de siglos enteros de cismas y herejías atroces que desgarraron sin compasión la túnica inmaculada de la Iglesia, y de rebeldías sociales que en un punto comprometieron épocas enteras de apostolado heroico. Reparad más bien en que las calamidades subsiguientes al anuncio y proclamación de la verdad son argumento de la condición pecadora y contumaz

de los hombres; pero no demuestran que la verdad sea impertinente y extemporánea.

Si la obra de Bolívar mereciera calificativos semejantes —quiero decir— si Bolívar se adelantó a los designios divinos y usurpó una misión libertadora reservada para un héroe advenidero, no sé yo para cuándo podría fijarse el comienzo de la epopeya colombiana. Unos años después, la atención de la metrópoli iba a estar pendiente de las modificaciones radicales que mudaban a toda prisa los estatutos europeos; menos estricta y minuciosa tendría que ser la administración de las colonias que, a favor de estas mermas de autoridad, tendrían que relajarse y parar en el desgobierno y en la desidia muelle y liviana. Allí hubiera sido el embotarse de toda nobleza y el sumirse todas en la última miseria moral tal vez por reacción contra los rigores precedentes, o tal vez por aquel abandono fatalista que suele emponzoñar las latitudes tropicales.

¿Podría aparecer en tales condiciones un libertador como Bolívar? No, una época así solamente puede producir "condottieri" audaces, mezcla de aventurero y de caudillo, pero no produciría un hombre que a los treinta años, hostilizado y perseguido en su patria, arriba a Cartagena, interesa a la Nueva Granada en la redención de Venezuela, logra quinientos hombres, se apodera de la margen oriental del Magdalena y habla como vidente

en San José de Cúcuta. Sus palabras resumen con brevedad imperatoria la idea que durante diez y ocho años estrujará toda la actividad de su naturaleza indomable; palabras son ésas más que humanas porque entre ellas y la campaña de dos meses que se las inspiraba, media un abismo que no puede colmarse sino con una perspicacia que hace pensar en el espíritu profético que Dios enviaba a los vates israelíticos. Oíd los nombres de los sitios donde recogió el Libertador sus primeros laureles: Tenerife, Guamal, Banco y Puerto Real; ¿quién no los conoce? Al cabo de cien años, ¡cuán humildes son y cuán pequeños! Casi nos ruborizamos de que nombres tan oscuros estén asociados a la gloria del Libertador. Boyacá y Ayacucho los anonadan y es vana la pretensión de figurarnos un combate grandioso allí donde sólo se columbra un pueblecillo de bohíos en el lindero de una selva brava y donde el crepitar de las infinitas máquinas de guerra que la imaginación finge en toda empresa militar, está reducido a las descargas parsimoniosas de dos centenares de fusiles. Y, sin embargo, de ahí, de una acción guerrera tan desnuda de aparato, sacó Bolívar el mismo aliento dominador que le inspiraron la majestad de la Roma cesárea, sus águilas invictas y las legiones imperiales. Arrancóle esta visión el juramento legendario del Aventino; oíd, os ruego, como lo confirma después

de abandonar las orillas medio salvajes del Magdalena:

"Vosotros, fieles republicanos granadinos, marcharéis a redimir la cuna de la independencia colombiana, como los cruzados libertaron a Jerusalén, cuna del cristianismo... La América entera espera su libertad y salvación de vosotros, impertérritos soldados de Cartagena y de la Unión."

¿Preveía Bolívar que sus huestes llegarían hasta las provincias peruanas en 1824? Adivinaba que Chile, por boca del almirante Blanco Encalada, ponderaría "la necesidad imperiosa de la influencia del héroe de Colombia?" ¿Presentía que la Argentina, después de Ayacucho, le alabaría porque "desde las bocas del Orinoco y de victoria en victoria había conducido el iris de la libertad hasta sellar la total independencia del nuevo mundo?" Lo que sí nos consta es que sin descansar de las fatigas con que pagó la primera de esas victorias, Bolívar no hablaba sino de libertar un mundo.

Es que agobiado por esta única idea, Bolívar parece insensible a las proporciones objetivas de los sucesos a que asiste; no los estima él por lo que tienen de tangible y mensurable sino por la relación que guardan con el fin supremo que le atrae, por la significación y el alcance que su fervor patriótico les da. Para Bolívar la importancia de los hechos estriba, no en su resultado o utilidad inmediatos, sino en que son etapas de una carrera que

concluye en el ideal. Por eso cuida con idéntico desvelo y con la misma intensísima viveza sus campañas, sus discursos, sus escritos, sus actos de gobierno; para desalojar de Mompós un destacamento pone en juego arrojo y presteza comparables al arrojo y presteza con que se dispodrá luégo a caer sobre Morillo y los catorce mil setecientos soldados con que domina a Venezuela, y en otro orden de cosas atiende a sacar adelante el proyecto de arbitraje internacional con el mismo ahinco con que se aplicaba a organizar el estado en las sesiones de Angostura. Esmero tan tenazmente sostenido en campos tan diversos hace pensar que Bolívar, como hombre de una sola idea, fue también hombre de una sola fuerza, porque encauzó en un raudal único y perenne todas las que abundaban y sobreabundaban en su naturaleza generosa: guerrero y razonador se muestra simultáneamente así en un manifiesto como en una batalla, y tienen éstas la hermosura dinámica de una demostración perentoria que convence al adversario de su impotencia además de rendirle en un choque catastrófico. Doble poder que nos explica por qué luchó Bolívar ventajosamente con enemigos dos y tres veces superiores.

Añadiré que la idea soberana y amplísima a que sirvió el Libertador lo habilitó para sobreponerse a los reveces, sublimar lo pequeño y convertir en trofeos los mayores obstáculos. La noche aciaga de Ca-

sacoima descargó sobre él un nublado de fatalidades; todo allí le amenazaba y hasta la vileza del refugio que se le deparó contribuía a poner abatimiento en los ánimos. Solamente Bolívar conservó entusiasmo para discurrir sobre sus futuras campañas en Cundinamarca, en Quito, en la tierra del Sol y de los Incas. Por loco le reputaron en esa hora, como antes le habían llamado cobarde y como después le llamaron tirano. ¡Qué importa! Harto sabemos que el colmo de la grandeza es repercutir forzosamente en los pechos humanos: si allí encuentra resonancia adecuada prorrumpirán en voces de admiración excelsa; si topa con la estulta villanía le sugerirá sin demora el vituperio aleve. La locura de Bolívar no significa sino que se atrevió a ver más hondo y más lejos que los que vivían encerrados en el círculo angostísimo del egoísmo calculador y utilitario; la cobardía de Bolívar es el desdén con que se aparta del tumulto vociferador y desmandado, es el menosprecio arrogante del medro personal, es el no poderse hallar a sus anchas en el ambiente de la emulación mezquina sino trepando en demanda de la verdad por la cabellera glacial del Chimborazo.

¿Y la tiranía de Bolívar fue otra cosa que la vehemente fiereza, el tesón apasionado con que los hombres enamorados de la idea ensayan hacerla prender y germinar sobre la tierra? Errores pueden cometerse en este empeño porque no hay gran-

deza que subsane la falibilidad de la criatura, pero esos errores los pagó el Libertador con creces, y para que nada faltase a su gloria, sus enemigos procuraron que la tumba le recibiese con el triple cilicio de la ingratitud, de la alevosía y de la calumnia. La muerte, que hace mofa de los sudarios recamados y de las galas resplandecientes con que se disfraza el desmayo de la final contienda, no se atreve a lanzar podredumbre sobre las vestiduras de los mártires; sepultado con la pompa de los jerarcas orientales, Pablo de Tebaida no se habría defendido del estrago postrimero como se defendió ciñéndose con el sayal que punzó las carnes del eremita Antonio. Y es la muerte señora del silencio y del olvido; en sus yertos alcázares no hay eco para los encomios lisonjeros y las hipérboles sonoras que tratan de encubrir la vanidad de las vidas; lo hay en cambio, e imperecedero, para los dolores desmedidos del Libertador; lo hay, porque con ser vastas las entrañas del refugio insondable del sepulcro, no alcanzaron a contener las quejas del Padre de la Patria, y, al rebosar en ellas, la inmortalidad quedó escuchando el grito penetrante de la última proclama.

Recojamos a un siglo de distancia los oprobios que padeció Bolívar. En nombre de la libertad se le apellidó tirano; en nombre de la autoridad se le dijo rebelde, insurgente y sedicioso; en nombre de la religión le llamaron enemigo del altar, en nombre

de la cordura se le motejó de visionario y ambicioso. De todo ello no ha quedado nada, y hoy es el día fausto en que por última vez recordamos esa letanía ignominiosa borrada para siempre por el perdón que otorgó Bolívar a sus conciudadanos. "Ninguna ave siniestra se atreverá a volar sobre su tumba, porque caerá muerta como las que pasaban sobre el sepulcro de Aquiles."

Hemos llegado con Bolívar a los linderos de la eternidad, donde las sentencias humanas se truecan en balbucear tímido ante la majestad del Hijo de Dios, Supremo Juzgador de los mortales. A pie llano hubiera podido penetrar Bolívar en los Campos Elíseos que imaginó el paganismo. Para alternar con los fantasmas de los héroes clásicos le sobraban al Libertador proezas y apoteosis, mas para subir al consorcio divino necesitaba iluminar la vida con la fe en una realidad ultraterrena.

En esa realidad creyó Bolívar, y de tal manera, que sin detenerse en la máxima puramente positivista de que no es posible ni hacedero gobernar a un pueblo contrariando sus creencias religiosas, llegó desde 1814 a pedir en términos tan expresos como reverentes el concurso del sacerdocio en la emancipación. No que pretendiera aprovecharse de la Iglesia como de un instrumento de dominio político, sino porque comprendía que solamente la religión de Jesucristo podía adueñarse de las almas y hacer buenos y justos a los hombres. Pensó un

día que los poderes temporales lo lograrían, y escribió estas palabras: "Tomemos de Atenas su Areópago, sus guardianes de las costumbres y de las leyes; de Roma sus censores, sus tribunales domésticos; hagamos santa alianza con estas instituciones y renovemos en el mundo el ideal de un pueblo que no se contenta con ser fuerte y libre, sino que quiere ser virtuoso. El ideal permaneció inmutable, y alguna vez lo expresó en esta máxima digna de mármoles eternos: "El que quiere que haya república en Colombia, debe querer también que haya virtud política..." Pero Bolívar se convenció aprisa de que ni las ordenanzas públicas ni las reglas morales heredadas del naturalismo pueden transformar a los hombres como no sea en la superficie y transitoriamente. Orden, justicia y libertad pedía en el organismo social, pero no aplicados por defuera a guisa de barniz y afeite farisáicos, sino procedentes de una íntima ordenación de las conciencias. Y ellas —Bolívar lo creía firmemente— sólo se rinden al contacto del Altísimo y al influjo de la virtud sobrenatural que administra la Iglesia con pleno señorío. Señorío que el Libertador jamás puso en tela de juicio ni perturbó deliberadamente, antes reconoció y acató con máxima piedad en sus dilatadas negociaciones con el Sumo Pontífice y con los obispos.

Piedad he dicho, y habréis de confesar que este vocablo representa la emoción de Bolívar cuando

hablaba con las autoridades eclesiásticas en estos términos:

"La causa más grande nos congrega hoy: el bien de la Iglesia y el bien de Colombia. Una cadena más fuerte y más brillante que los astros del firmamento nos une de nuevo a la Iglesia de Roma, que es fuente celestial... Estos ilustres príncipes y padres del rebaño son nuestros lazos sagrados con el cielo y con la tierra. Ellos serán nuestros guías, los modelos de la religión y de las virtudes cívicas."

¿Insistiré en la fe del Libertador? No es menester. Acordaos más bien de la vibrante exaltación con que invocaba a Dios en los campos de batalla o en las asambleas legisladoras; acordaos de que proclamó la religión católica como religión del Estado; acordaos también de que el 10 de diciembre de 1830 agonizaba soñando con la consolidación de Colombia y afianzándola en las oraciones de la Iglesia.

Ocioso es aquí todo comentario; pero si alguno hubiere de hacerse, yo repetiría el que hizo a la vida de un mariscal de Francia el más ilustre de sus estadistas:

"Pasó ante nosotros con los ojos fijos en la eternidad y tuvo el valor de atribuir todos sus triunfos a la generosidad divina."

Señores:

La muerte puso al Libertador Simón Bolívar en

presencia del Hijo de Dios, juez de los hombres, y le puso también en presencia de la historia. Sobre su vida recayó cien años há un veredicto divino que subsistirá en la inacabable duración ultramundana, y un veredicto humano que fatigará los años volanderos. Entrambos son gloriosos: lo es el primero porque en el Libertador tiene que cumplirse aquella ley del Evangelio según la cual Jesucristo delante de su Padre, no se avergonzará de quien le confesó delante de los hombres.

También es glorioso el otro veredicto esbozado en el saludo con que lo acogió por vez primera el congreso granadino:

"¡Libertador! Vuestra patria no ha muerto mientras exista vuestro nombre."



D I S C U R S O

Pronunciado el 8 de Octubre de 1933, día de la fiesta de la "Bordadita" en la capilla del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario



Señores Consiliarios, Respetable Claustro:

Repetida de año en año y de siglo en siglo, ya debe seros familiar la historia de la "Bordadita". Fundida esa historia con las sacras tradiciones patrias, así en el alboreo de nuestra cultura colonial, como en la gesta de la emancipación y en el crecimiento de la República, no sería justo que desfigurada por la incuria o menoscabada por la novedad de los intentos, fuera pasando en la memoria de las gentes a la condición incierta de los recuerdos remotos, desprovistos de imperio y de eficacia sobre el presente y sobre el porvenir.

No es la época presente muy propicia al culto de las tradiciones. Piensan algunos que la evocación de la antigüedad, de las ideas que la animaron y de los sucesos que la hicieron memorable, apenas son materia de investigaciones arqueológicas; estiman otros el pasado porque su opulencia estética puede ennoblecer y mejorar estos fríos conatos de arte que ahora se multiplican y nunca jamás llegarán a la madurez; habrá otros para quienes los años pretéritos guardan simbolismo de ruina, mas no fecundidad de simiente; otros verán en los tiempos ya idos una mole de reminiscencias esté-

riles que embaraza las vías del porvenir; otros, en fin, desestiman las cosas remotas porque no se han parado a meditar en una ley universalísima según la cual el momento que de presente se vive depende más de lo pasado que de lo futuro, porque, querámoslo o no, el pasado es una realidad que se perpetúa, y el futuro es apenas una aspiración de consistencia problemática.

Presto hará tres siglos que la venerable imagen de la Virgen María que venís a reverenciar subsiste en este Colegio Mayor. Unas manos que nos place imaginar gráciles y principescas, enhebraron la aguja con que habían de bordarla, al propio tiempo que otra mano habituada al cetro, empuñó la pluma con que se legalizó la cédula real, fe de vida y partida de existencia de este Claustro. Unos mismos días vieron aparecer el rasgo tortuoso de la rúbrica del Monarca al pie de un documento y las primeras puntadas que una señorial Alteza dio en aquel brocado. El documento hizo de la fundación de Fray Cristóbal de Torres una entidad jurídica y autónoma; la imagen consagró y dio formas sensibles a la idea que germinó en el alma del piadoso y clarividente Arzobispo de Santa Fe. Fuerza y pensamiento, materia y espíritu quedaron allí ensamblados y juntos para constituir este organismo de persistencia secular y de fecundidad generosa, que es el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

De vez en cuando, para satisfacer la noble curiosidad de un erudito o de los estudiantes, se abre el arca antiquísima donde custodiamos la cédula de Felipe IV, y vemos y palpamos el quirógrafo real, las Constituciones primitivas y el testamento del Fundador, hojas amarillentas y como adelgazadas por el roce del tiempo. Y a tarde y a mañana alzamos los ojos y con ellos la mente hasta la imagen vetusta de la "Bordadita," también privada por los años de la frescura y colorido que enantes la ilustraron. Allá, las miradas van en busca del testimonio radical de nuestra prosapia y abolengo históricos; acá, suben cargadas de preces instantes y de perennes súplicas; y de allá y de acá vuelven peregrinando por las márgenes del tiempo, hasta el día de hoy.

Un raudal sorprendente de grandeza fluye de estos orígenes remotos; hombres y doctrinas, hazañas y virtudes se acumulan en ese intervalo de doscientos ochenta y dos años, durante los cuales, y a través de múchas vicisitudes, contribuyó el Colegio al engendramiento del "alma nacional." Porque al influjo de las Constituciones características del Rosario, y bajo la tutela y patrocinio de la Religión a que esta santa imagen sirve de cifra y de emblema, se criaron tantos varones egregios cuya enumeración suena en los oídos de todo colombiano como una prodigiosa letanía de imperativos que nos impulsan de continuo a amar lo que ellos

amaron, a engrandecer lo que ellos dejaron asentado, a preservar lo que ellos adquirieron y a realizar lo que ellos ambicionaron para el bien de la República.

¿Será inútil y vana esta rememoración de los años antiguos? ¿Será impertinente el propósito de exhibir ante la juventud de hoy la fe y los empeños de las generaciones que nos precedieron aquí? ¿Andará descaminado el Colegio Mayor al afirmar la educación y formación de las mentes nuevas sobre los cimientos primordiales del dogma católico y de los ejemplos que nos legaron los Padres de la Patria? Hacer estas preguntas y averiguar el valor y autoridad de la tradición en la vida de un pueblo, son cosas muy conexas; y tengo por cierto que no hay entre vosotros una sola persona que quisiera ver roto el hilo de oro que nos une espiritual y cronológicamente con nuestros mayores, y pretendiera buscar exclusivamente en la adivinación del porvenir las normas directrices de la existencia y del incremento nacional. Porque el futuro es de suyo, y más en esta hora, rebelde a los cálculos y previsiones humanas fértil en sorpresas desconcertantes y en reacciones insólitas, y para no ser víctimas de sus mudanzas subitáneas es menester equilibrar los anhelos legítimos y presurosos que provoca, con el caudal de fuerzas que paulatinamente se han juntado en la conciencia por obra y merced de la tradición. La suprema armonía del universo, ésa que conser-

va el andar acompasado de los astros, ésa que embelesaba el sentir de los griegos con números y acordes de trascendente música, ésa que nos asegura la sucesión renovadora de la noche y del día, fundada está en la atracción que lo encadena todo a un centro propio, no menos que en el ímpetu que, abandonado a sí mismo, trastornaría las órbitas, y, destrenzando la mecánica de los cielos, precipitaría los mundos en confusión y amalgama caóticas. Así los pueblos y naciones, astros y planetas del sistema humano, no pueden producir esa otra armonía divina que se llama la paz estable y próspera, sino cuando las fuerzas que los convidan y urgen desde el seno ignoto del porvenir, están racionalmente compensadas por las fuerzas que los unen con un centro robusto. Centro en que los antepasados destilaron lo más exquisito y acendrado de sus vidas para crear y precisar aquel tipo y semblanza peculiares, fruto de la unidad de pensamiento y de destino, que luégo habría de individualizar inconfundiblemente a la nación cada vez que saliera a alternar con las otras sociedades humanas.

Por esto invocamos la tradición en este Colegio Mayor, material y moralmente compenetrado de memorias y ejemplos que no vacilo en apellidar centrales, por cuanto de ahí han procedido en no pequeña parte, muchas de las virtudes y atributos que, cuando lleguen a su cabal florecimiento, podrán constituir el carácter definido, el quilate de

distinción y la prerrogativa de personalidad que nos son indispensables. Ni podréis negarme que al pasar los ojos por la historia de los pueblos reconocidamente grandes y poderosos, se advierte desde luego el fervor y la diligencia con que tratan de conservar y de acentuar el sello peculiarísimo que les imprimió la tradición. A ella acudieron en demanda de ánimo y bríos, de fortaleza y de inspiraciones siempre que les amenazó la calamidad o se sintieron enflaquecidos por un amago de decadencia. Y unas veces cosecharon victorias, otras lograron renovación y acrecentamiento de poderío.

¡Qué otra es la suerte de los hombres cuando rompen y quiebran deliberadamente los puentes por donde nos viene el influjo de la tradición justa y bienhechora! La angustia y el sobresalto inseparables de la consideración de lo advenidero tiene que aposentarse en los ánimos y hacerlos dóciles no al ritmo de la razón gobernadora, sino al azar de los acontecimientos, y hasta podrá suceder que venga a perturbar las mentes el ansia de leer e interpretar lo que siempre estará fuera de su alcance. Así en el siglo IV se desquició el mundo romano, y coincidieron entonces el silencio y el olvido en que quedaron puestas las voces antiguas y los ejemplos ancestrales, con el frenesí de Majencio, que pretendía escapar al vencimiento y a la ruina escudriñando los cruentos y fantásticos presagios que arrancaba de unas víctimas infaustas.

Romper con la tradición, dicen algunos que es proeza de señalada valentía, por el estilo de la que realizó Hernán Cortés al hundir las naves que podían servir de incentivo a sus expedicionarios para restituírse a la tierra natal, y malograr con esto la gloria y riquezas de la conquista. Pero adviértase bien que no hay sombra de semejanza ni analogía plausible entre el denuedo de Cortés y el arrojo de quien pretenda lanzarse a lo ignoto sin ningún afianzamiento en lo pasado y ya vivido. Sea en horabuena el descubridor dechado de los varones recios que se vigorizan y agigantan a proporción que se multiplican las dificultades; pero no se le invoque para cohonestar el menosprecio de la tradición, porque, materialmente desligado de la península española, adelanta los pasos por el misterio de un continente nuevo, sintiendo en alma y corazón todo el prestigio de la grandeza hispana.

Si la "Bordadita" es entre nosotros un testimonio de la tradición que nos guía, nos persuade también, y principalmente, una enseñanza fundamental acerca del principio supremo que, mal entendido o deplorablemente desvirtuado, frustra sin remedio cualquier esperanza de progreso y agota en sus raíces la eficacia de todo régimen, dirección o gobierno, sea público o privado. Hablo, bien lo adivináis, del principio de autoridad.

La imagen bendita y amada de la Virgen María traduce y simplifica en su recamo envejecido el ma-

yor arcano de la condescencia divina. "El Verbo se hizo carne;" Dios se hizo hombre; el Creador apareció en faz de criatura; el Todopoderoso se mostró niño inerme; el Señor y Dominador absoluto se allanó a obedecer a aquélla de quien le plugo tomar la humanidad... Hé ahí escuetas y desnudas las afirmaciones del dogma católico que se puntualizan y definen sensiblemente en la efigie de la Virgen con el Niño Dios en los brazos. Necesaria, muy necesaria y esencial ha de ser la autoridad para los hombres, cuando el Sumo Hacedor, la Increada Sapiencia, viniendo a ellos para redimirlos y salvarlos, santificó y consagró ante todo y en forma tan perspicua y avasalladora, el precepto de la subordinación, el mérito de la obediencia y la excelsitud de las potestades legítimas. La Majestad Eterna que ahí aparece como abreviada y empequeñecida, sumisa y confiada, a par del infante que todo lo recibe de su Madre, es esa misma Majestad que, andando luégo por la vida, promulgó esta máxima perentoria: "A Dios lo de Dios, y al César lo del César," que se sujetó a la ley sin omitir jota ni ápice; que habló con el representante imperial poniendo en sus palabras un decoro infinito y concluyendo con la aseveración de que el mando y poder que administran los hombres tiene su verdadero origen muy en lo alto.

Como fue dócil y blando el Señor cuando recién nacido le vestían y resguardaban las manos amorosas de su Madre; como fue obediente cuando la au-

toridad familiar le arrebató a la disputa rabínica que sostenía con pasmo de los viejos doctores, así fue manso y se mostró rendido cuando en la noche de traición rehusó la defensa del Apóstol que pretendía oponer espada a espada, cuando en el pretorio protestó no tener huestes ni mesnadas que le defendieran apelando a la lucha, cuando al ejercicio inicuo y abusivo de la autoridad contestó dejando venir sobre sí la ignominia de los azotes, el baldón de las insignias irrisorias y el peso de la cruz que daba tormento y acarreaba muerte. Misterio abrumador éste de la obediencia de Jesucristo a las autoridades temporales, tan perfecta y entera con su Madre como firme y sufrida con el Procurador de Tiberio. Es que a trueque de dejar sancionado el principio de autoridad, el Redentor soportó desafueros capitales, y en este punto como en todos los demás de su enseñanza fió el triunfo a la verdad de la doctrina y no a los ardides y violencias con que los hombres defienden y prosperan sus intereses y provechos.

Yo no insistiré aquí en que la autoridad es necesaria dondequiera que se pretenda alcanzar un solo fin mediante la cooperación de diversas personas, porque eso de todos es sabido; tampoco os llamaré la atención sobre una ley igualmente verdadera y forzosa, así se trate de la matemática o de la ética social, ley que podría formularse diciendo que allí donde hay varias fuerzas conjuntas tiene que

surgir una que domine y prevalezca, so pena que las cosas vayan de través, camino de mortal dislocación. Efecto es todo ello de un ordenamiento inmanente e intrínseco y universal que cuanto más común, es más natural, y cuanto más natural es más divino, según explicó Tertuliano. Os diré en cambio que la autoridad lleva en sí una principalía que la avecina y emparenta con el propio señorío de Dios y que por el mismo caso debe hacérnosla religiosamente venerable.

Si bien se mira, la autoridad procede en derechura del acto de la creación, y la simple etimología verbal nos avisa que todo creador es autor y que lo propio del autor es tener autoridad sobre lo que produce. No hallaréis otra noción más íntima de lo que es autoridad, y si la vemos patente en la raíz de las palabras, es porque se encuentra asimismo en la raiz de los seres. Notad ahora que Dios, Supremo Creador en sentido riguroso, es también y con igual rigor Suprema Autoridad, por lo cual el hombre, participionero de tal poderío, es autoridad a medida de su eficacia creadora. Haya pues una creación realizada a semejanza de Dios por el ser libre, y allí habrá autoridad. Autoridad tiene el que sabe crear con palabras un vehículo resplandeciente para las ideas; autoridad asiste al que despierta y guía las virtudes adormecidas en el seno de la materia; autoridad acompaña al artista que crea en mármoles y lienzos una prisión para las formas bellas; autoridad es la

aureola del otro creador que hace buenas y justas las acciones humanas; autoridad circunda al que pueda entrarse por las lobregreces y confusiones de las mentes informes y vacías que aguardan verdad y vida y puede crear la luz y el equilibrio que son decoro de varones perfectos; los hombres, en fin, no se alzan ante sus semejantes a la cima de la autoridad sino a proporción que se manifiestan como pujanza creadora.

Osténtase ella en todas las agrupaciones y comunidades; pero tiene su mayor realce en la autoridad social, que es potencia que crea y conserva las naciones coordenando los hombres de acuerdo con el fin específico del pueblo. En sus entrañas crea el orden cuando le da estabilidad, y le da vida cuando le asegure libertad; y, libre y ordenado, lo hace fecundo, de tal suerte que la autoridad es en último análisis la fuente inmediata de donde las sociedades derivan la permanencia de su ser, la garantía de su desarrollo y el impulso de su prosperidad.

¡Qué creación y qué autoridad podrán compararse en el terreno, con ésta que junta y mantiene en unidad de intentos y propósitos varios millones de seres humanos habitadores de una misma circunscripción geográfica! Andan ellos atentos a su bienandanza personal, a veces animosos y a veces conturbados; muévense en variadísimas esferas de intereses grandes o menudos; y son innumerables los riesgos a que los ponen las pasiones o las ca-

lamidades; trábanse hoy en redes de codicias intrincadas y siéntense mañana desfallecidos y titubeantes, juguete de fortunas adversas; y a todos y cada uno puede aplicárseles eso que Agustín el de Hipona afirmaba ser compendio de toda existencia humana: "temores por dentro y luchas por fuera." Mas hé aquí que por sobre tamaña diferencia está en perenne vigilia la autoridad, energía central y omnipresente que preside de cerca o de lejos, palpable o invisible, a todos los sucesos; que no suplanta la iniciativa de los particulares, mas la pone en condiciones aventajadas, que surge severa en inquisitiva donde padece vejamen la justicia, que suelta los nudos y resuelve los pleitos que son natural secuela del tratar y negociar; que prevé y ataja las influencias dañinas, ora vengan de los contrastes físicos, ora de los descarríos voluntarios; que avizora el futuro con sutil comprensión y estima el pasado con sabiduría; que hace sentir la general tutela y aun entre las sombras proteje al ciudadano; que atiende a la placidez y sanidad de la habitación y al lustre de las artes y las ciencias; que cuida de la fragilidad de la raza y de la integridad del territorio; que se inclina finalmente en ademán de amparo sobre las cunas que se mecen y sobre los sepulcros que se cierran.

La autoridad que así hace muestra del poder creador, fiel al imperio de la ley de Dios y ceñida al mandato que la constituye, ¡cómo no ha de me-

recer veneración y acatamiento por parte de los súbditos y cómo no ha de poner dignidad y continente de respeto en las personas que son sus depositarios! Desgraciadamente esta época que vivimos, desdeñosa de la tradición, lo es también de la autoridad. Desdeñosa digo, quizá deba añadir amotinada, o cuando menos, inconscientemente despectiva. Olvidáronsele los dictámenes religiosos y la enseñanza de Jesucristo Hijo de Dios, que no sólo consagran el principio de autoridad, sino que lo transfiguran y señalan para su aplicación, ideales mucho más preciosos y exquisitos que los que discurrió por sí sola la razón.

Para Jesucristo, para el Evangelio, la autoridad humana, sea cual fuere el orden legal que regula y hace honesta su trasmisión, forma parte de la universal economía y providencia con que Dios rige el mundo y va encaminándolo a sus destinos finales. Perdida esta certidumbre, no quedaría, como no quedó en la edad del paganismo, otra noción de la autoridad que la de una prepotencia del hombre sobre el hombre y, naturalmente, una relación de esta especie abre y deja francas las puertas a toda tentativa de desobediencia y a todo conato de anarquía. Tal fue la crisis en que feneció la postrimera civilización romana, y tal podrá ser la última miseria que aflija a las naciones y las desquicie y desconcierte. Porque entre súbditos y autoridad, o exis-

te un vínculo de obligación moral impuesto por Dios, o existe una mera dependencia de hecho, fundada en circunstancias más o menos fortuitas y siempre mudables al compás de los antojos, de las ilusiones y quizás de las violencias de los hombres.

En el primer caso, queda en firme y resguardada por altos deberes de conciencia y por tremendas responsabilidades ultraterrenas esa autoridad que para ser de provecho y desarrollar sus funciones creadoras en el seno de la sociedad, necesita primeramente ser estable y hallarse rodeada por la confianza y el público reconocimiento. Yerros e ignorancias puede haberlos en el desempeño de la autoridad, pero nadie ignora que ningún organismo social deja de prevenir los remedios conducentes y oportunos, y ellos, a mi entender, no tienen nada de común con la rebeldía y sí tienen mucho de colaboración racional y de honorable inteligencia.

En el otro caso, quiero decir, cuando la subordinación a la autoridad no representa más que un sometimiento de hecho, sin respaldo en la conciencia, sin apoyo en la religión y huérfano de sanciones extrahumanas, no queda para sostenerla sino el vario y aleatorio juego de la opinión versátil, siempre rehacia a la disciplina, impaciente de razones, ávida y enamorada de novedades mal seguras que a la hora menos pensada, echa de sí la maldecida floracíon de la discordia, precusora de incalculables retrocesos.

La doctrina cristiana sobre la autoridad traducida en obras por la dulce obediencia de Jesucristo a las prerrogativas maternales y simbolizada en la imagen de la "Bordadita" que nos es tan cara, conduce a aquellos tres bienes superiores que ansiosamente requiere la humanidad y que cada día van siendo más raros y difíciles porque se buscan donde Dios no los puso: el orden, la unión y la paz. Bienes son éstos que no se hallan desvinculados o independientes sino que se condicionan, continúan y complementan el uno al otro; merced a la paz se logra la unión y cuando hay unión, el orden se conquista. No decía cosa distinta el doctor Africano cuando formuló esta síntesis en una de aquellas frases metálicas que le eran familiares. Creía él, en efecto, que de todas las preseas y joyas terrestres ninguna era más apetecida ni más inaccesible, ni más prometedora que la paz; y luégo de exaltar sus calidades la definía en estos términos: "La paz es la concordia bien ordenada entre los que mandan y los que obedecen." **Pax est ordinata imperandi atque obediendi concordia civium.**

Señores:

El bordado añoso donde la sabia trabazón de los hilos áureos y sedeños hizo aparecer la imagen de la Virgen Madre, viene hasta nosotros de muy lejos. A bordo de un galeón hizo travesía encaminado a los estudiantes del Colegio Mayor que en todo

tiempo y de generación en generación han sabido mostrarse depositarios solícitos de la efigie augusta. Entienden ellos, y la duración del claustro lo atestigua, que debajo de aquestas apariencias alienta y vive una idea que no perece, en pensamiento siempre activo, una fe y una moral indispensables. No está pues la imagen devotísima en el Colegio como una reliquia de pasadas grandezas; tampoco está como uno de esos vestigios que la marejada del tiempo arroja en las costas de la vida, lamentable residuo de tristes naufragios; está, sí, anunciándonos con su antigüedad las virtudes tradicionales, y con su duración, la indestructible persistencia de toda verdad; está mostrándonos en el abrazo de la Madre única y del Hijo de Dios, la última cumbre del orden, de la unión y de la paz.

D I S C U R S O

pronunciado en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en la clausura de Estudios el 28 de octubre de 1933.



Señoras, señores:

Termina hoy, y así lo declaro con la autorización y venia de S. S. el Ministro de Educación Nacional, el presente año escolar. Antes que pase dos veces el índice horario delante de las cifras que señalan los pasos de la vida, ya estaremos todos atendiendo al examen de las pruebas finales que decidirán, según es posible a la falibilidad humana, si este año de labores corresponde a lo que es y debe ser el Colegio Mayor, o si desdice de la opinión en que se le ha tenido de escuela noble, rígidamente inhospitalaria para la dejadez y el abandono.

Ver llegar esta fecha, es ver condensados en un día la inquietud y el sobresalto, no por interiores y secretos menos abrumadores, que durante el año lectivo tienen que dominar a los que llevan sobre sí la responsabilidad de vuestro gobierno y dirección. Yo ignoro qué tan craso error pedagógico será este hábito mío de mirar siempre a lo futuro y de no olvidar jamás que vosotros, señores alumnos, tendréis que trocar necesariamente la vida de estudiantes por la vida de hombres. Y os certifico que esta alegre y desenfadada mocedad que os distingue, este verdor y lozanía que son atributos vues-

tros, este vivir inquieto y arriscado que os especifica, de ordinario me embelesan y a veces me crean dificultades, pero nunca me roban la visión confusa de lo que podréis ser más adelante.

De tal visión, ¡cómo quisiera yo suprimir todo cuanto no sea inteligente y honorable, ahuyentar lo mediocre y lo rutinario, y hasta desvanecer lo doloroso! Pero justamente, hé aquí que nuestras vidas humanas no suelen ser en el porvenir de la madurez sino la proyección de lo que fueron en el pretérito de la adolescencia, Así, a corta distancia de su vértice, las líneas de un ángulo quizás no ofrecen sino una desviación imperceptible; pero, alongadas considerablemente, se apartan para alinderar los más fantásticos espacios. Y vale esta semejanza geométrica lo mismo para el bien que para el mal, para el triunfo como para el fracaso. Con un ángulo justo se miden cielos y tierras, el pejugal del campesino o las distancias estelares; con un ángulo erróneo que saque de quicio el centro de gravedad, se desploma la torre más excelsa con tanta seguridad como si estuviera minada con explosivos infernales.

Este rigor con que se os pide la aplicación juiciosa, la tenacidad en los propósitos, un estudiar concienzudo y una curiosidad anhelante, no os harán sabios, pero sí os pondrán en el camino de serlo merced al hábito de la reflexión metódica y a la certidumbre propia de varones que consiste en no ser

esclavos de las apariencias ni siervos de la opinión vulgar, ni seguidores enseguecidos de la estulticia volandera, cosas que, sin ser lince, cualquiera entiende que son muerte y enterramiento de la inteligencia. Con esas mismas ciencias elementales que estudiáis, pero mejor distribuídas, más ahincadamente penetradas y aprendidas, por decirlo así, en forma ascensional y progresiva como parece exigirlo nuestra índole distraída y veleidosa, tendríais las bases y cimientos sin los cuales no se labra ninguna personalidad, ni se penetra honradamente en el ciclo de los estudios profesionales y universitarios. Y de la misma suerte, esta disciplina cuotidiana que muchas veces halláis desapacible e ingrata, esta forzosa convivencia con tanta diversidad de caracteres, este régimen del internado que no se sostiene sino a poder de abnegación y privaciones, son el primer asiento de la urbanidad y cortesanía, del saber reprimirse a tiempo y del moderarse en sazón oportuna, del aprender a reunir y juntar las voluntades y del prevenir buenas simpatías y provechosa hermandad, cosas harto necesarias e indispensables en el viaje y contienda de la vida que os aguarda.

Permitidme señores que en esta ocasión contemple con vosotros una forma no abstracta ni trascendente, sino muy real y positiva, fácil y amena de ordinario, de este aprendizaje de la vida que también se denomina educación. Por fortuna, esa for-

ma no necesita hoy de intrincados razonamientos que la abonen y encarezcan, ni de apologías que la propugnen; algo nueva es entre nosotros y eso le ha valido homenajes de curiosidad y zahumerios de entusiasmo; fue introducida aquí como flor de culturas extranjeras y eso le procuró acogimiento caluroso por parte de la moda que no le ha escatimado mercedes y benevolencias, tiene el respaldo de la pericia médica, con lo cual era justo que conquistara aceptación poco menos que unánime; la publicidad del periodismo se hizo pregonera de sus adelantos y victorias y con esto cobró grandísimo interés, despertó la atención de muchos y suele tener pendientes de sus sucesos a las multitudes. No me negaréis que todo ello y algo más se ha hecho para ver de aclimatar y prosperar los deportes y la gimnasia en esta tierra.

Y de los deportes y de la gimnasia, en su calidad de forma o medio de buena y legítima educación y por lo mismo indispensable para la juventud que ha de criarse en el Colegio Mayor, voy a hablaros en este día final del presente año lectivo.

La idea de hacerlo me vino la otra noche mientras oía el sabrosísimo discurso del P. Félix Restrepo al ingresar en la Academia Colombiana. Hasta es posible que, siguiendo sus huellas, invada y atropelle la jurisdicción que tiene establecida por obra y gracia de su ciencia en el mundo helénico. Pero, ¿qué ha de importarle a él, que lo comprende y abar-

ca tan cabalmente, si ahora, para sacar adelante mi propósito, le hurto y sustraigo tal cual migaja del festín con que esa noche nos agasajó regiamente?

Pensaba yo entonces que si las palabras de uso cuotidiano tienen claros entronques y limpias genealogías que las enlazan con la lengua y, por consiguiente, con el ánimo y cultura de los griegos, también los juegos y deportes gimnásticos que ahora solicitan el celo de los educadores y los impulsos de toda mocedad, tienen idéntico abolengo y perpetúan, como el idioma, el soberano imperio de esa civilización que una vez no más vieron los hombres en la tierra y que perennemente servirá de sello y timbre de legitimidad a la hermosura que vayan descubriendo.

Pero no habéis de creer que apenas subsisten de aquella edad luminosa los que pudiéramos llamar juegos mayores: la danza, las carreras, la lucha, los saltos, la pelota y el lanzamiento de discos y venablos. Pertenecen estos a generosas tradiciones cuyas observancias predominan en la formación del joven a partir de los catorce años y cobran máximo esplendor y carácter propiamente nacional en las fiestas panhelénicas. Al lado de ellos encontraréis casi uno por uno estotros juegos infantiles, favoritos de la debilidad, de la pobreza y del abandono que pueden ser afrenta de los años primeros, pero que no extinguen en la niñez el anhelo misterioso

de jugar y entretenerse. Misterioso he dicho porque el juego y la entretención, aun siendo muy rudimentarios, no son otra cosa que los primeros pasos que da el hombre en el conocimiento y experiencia de sus capacidades, son el primer ensayo en el viaje de circunnavegación interior que sólo emprenden unos pocos y que a nadie fue dado terminar.

Descartemos prontamente estos juegos porque no hacen a mi intento. Advertiré sí que la consideración de tales costumbres y ejercicios vulgares y principalmente los de aquella edad espontánea en que ejercen más dominio la herencia y el ejemplo y en que el espíritu recibe y se asimila más dócilmente lo exterior, es parte principalísima de la historia moral de los pueblos, anillo de su tradición, testimonio vivo de sus orígenes y transformaciones, signo de raza, material preparado ya para la psicología popular y para las ciencias sociales y, por último, voz elocuente que, repetida en muchos pueblos, demuestra mejor la identidad de sus orígenes, y, remontándonos más allá, la unidad primitiva del linaje humano que, entregado a sus propios y nativos impulsos, pone una tal estampa de familia en todas sus creaciones.

Esto creía el más erudito de los polígrafos peninsulares; pero, siglos antes que él pusiera los ojos en esta rama del saber humilde y popular, en apariencia vil y despreciable y en realidad muy capaz de darle inducciones a las ciencias que tratan del ins-

tinto y del hábito, otro enamorado de la antigüedad, zahorí de las ruinas, que visitó con pompa inmortal de poesía más viva y duradera que el "amarillo jaramago" que les ofrendó naturaleza, había escrito los diálogos "lúdricos," a imitación de Suetonio, para descifrar el origen de todos los juegos e invenciones pueriles. Y del turbio y caudaloso raudal de testimonios clásicos, Rodrigo Caro, animador de las ruinas de Itálica, saca en las redes de una filología incipiente, la prueba perentoria o la conjetura verosímil de que en los arcaicos certámenes y juegos de Grecia, en el estadio y en el pentathlo, en el liceo y en el gimnasio, en las agoras soleadas y hasta en las dependencias domésticas que van desde la entrada de la residencia familiar "auleía tura" hasta la del huerto interior "tura kepaía," había lugar y ocasión para todos los juegos, ora se trate de los "pares y nones" y de los dados cuyo nombre "cubos" persiste dondequiera que anda de mano en mano el "cubilete" o "cachos" en jerga de cantinas, ora se hable de naipes y damas, ora de la gallina ciega, de la taba y de los escondites, ora en fin, del trompo, la peonza y la rayuela. Ni quiero dejar sin conmemoración el juego de las pedrezuelas o "lipidia" que en algún tiesto pintado en Eubea aparece de tal suerte que no hay quien no lo confunda con el mismísimo "pite" en que aventuran los muchachos sus pobres ganancias callejeras al azar de un rebote de las monedas de níkel. Gre-

cia, como véis, anda democráticamente entre nosotros animando el lenguaje y perpetuándose también en estos ejercicios y recreos que si parecen baladíes y sin sustancia, tienen alta y linajuda prosapia y traen a cada hora recuerdos ambiciosos del gran pueblo que pudo aunar la simpleza de los deportes infantiles con la estupenda realización estética del equilibrio humano.

Entre los unos y la otra ocupan sitio de preeminencia por su representación y por su influjo estos juegos mayores que las naciones conservan y fomentan como lustre y decoro de su cultura, o que la juventud necesita para mejorar la educación. Carreras, saltaciones, luchas, pugilatos, discos, venablos, volantes, raquetas y balones, todo, todo ello concuerda materialmente con las usanzas helénicas, y tengo por cierto que os admiraríais leyendo la descripción que hace Pólux de los partidos de pelota jugados con los pies o las manos, una de cuyas especies era la "faeninda," muy emparentada con lo que llamáis "tennis." Mas entre el valor y significación que los helenos le dieron a estas contiendas y competiciones de destreza y el que nosotros les damos, hay sus diferencias. Hemos conservado lo que tienen de externo y material, pero no hemos hecho caso de la idea y del espíritu que allá las gobernaba, separación y divorcio que siempre e inevitablemente traen consigo la degeneración y menoscabo de las instituciones.

Los múltiples ejercicios que abraza la gimnástica no fueron en Grecia un arte de exhibición, ni una observancia impuesta por la moda, ni una profesión lucrosa, ni una excusa para pensar, ni un pretexto para embrutecerse, ni un salvoconducto para romper con la delicadeza de la urbanidad y la distinción de los modales. Tampoco fueron escuela de rudeza ni culto de la pujanza material en que el ápice del adelanto consistiera en adquirir fuerza irrestricta donde las facultades del alma fueran a perderse a más andar en la jurisdicción de la carne sorda y maciza; trueque ilícito del ingenio celestial por las propiedades de las fieras bravas.

Cierto es, en cambio, que ya en tiempos de la Grecia prehelénica andaban los púgiles y luchadores celebrados en los frescos de Tirinto y en los marfiles de Gnosso para comprobación de que los Egeos eran sagaces admiradores de la destreza corporal y de la musculatura viril y bien proporcionada. Pero solamente Grecia halló el secreto de darle al cuerpo humano la plenitud del desarrollo y de aplicarle a esta obra suprema de la divinidad el ideal de armonía entre lo bello y lo justo que es quizá lo que mejor caracteriza el ascendiente imperecedero de la civilización helénica.

En ella es la gimnasia una preparación indispensable para la vida social y una palestra risueña donde el ciudadano se agilita para que la defensa del suelo patrio y de sus instituciones no le sorprenda

desmañado y bisoño; es también una disciplina simultánea para el cuerpo y el espíritu, porque todos saben que el alma noble y fuerte necesita albergarse en una carne sana, limpia y entera. Admíranla los Griegos con mente de artistas, pero su preocupación estética arraiga en el conocimiento de las necesidades públicas, por lo cual atribuyen sin vacilar a la gimnasia la victoria de los Atenienses en Maratón, y Sócrates reprende al joven Epígenes en estos términos: "Desaliñado y enteco me pareces, desprevenido estás para el combate en que se juega la vida; adviérte que la ruindad de la complexión a unos les dobló el peligro, a otros les costó el honor y a muchos les mermó los alcances: a no pocos habrás oído apellidar cobardes que son allá dentro valentísimos, pero que acá fuera se sienten presos y oprimidos por el embotamiento y torpeza de los miembros. Fatiga y lidia recias y acompasadas necesita el cuerpo para que otro día sea de provecho y no de estorbo en los azares de la guerra, en el servicio de la nación y hasta en el socorro de los amigos. Entiénde asimismo que no hay lucha ni acto de la vida que te hagan arrepentir de estos ejercicios corporales; al fin y al cabo el cuerpo es el instrumento de que a todas horas y dondequiera nos servimos, y sería necedad que no procuráramos hacerlo dócil y perfecto. Aun aquellas funciones que te parecen más reñidas con el cuerpo, quiero decir las de la inteligencia, no lo están en realidad, porque ya ves que el

pensamiento suele desconcertarse a causa de la mala disposición corporal. Y si te traiciona la memoria, si pierdes los filos del entendimiento y se te pasma la cabeza, si te vencen los desmayos de la pereza, si, finalmente, se te desvanece la razón y pierdes el seso, de todo has de reconocer que su raíz está en la disposición viciosa, enclenque o enfermiza de este cuerpo que sirve a la inteligencia como el sistro, la cítara y la flauta sirven a los músicos."

Que Jenofonte me perdone esta paráfrasis que acabo de hacer de una de sus mejores páginas; perdónemelo en gracia de la recta intención con que pretendo haceros sentir lo que realmente se pensaba en Grecia acerca de los deportes; perdónemelo y agradézcamelo porque me ha dado ocasión de mostraros que la agudeza socrática se da la mano con la sabiduría revelada que nos enseña esta máxima de diáfano realismo: "El cuerpo que se vicia agobia a el alma."

Las palabras de Sócrates a Epígenes, ¿qué calificativo reclaman en justicia si no es el de "ascéticas?" Y no os parezca esto abuso caprichoso de la palabra que el cristianismo consagró para nombrar la purificación moral del hombre; porque "ascética" no es sino la misma voz "áskesis" que allá en la Hélade designaba cualquier esfuerzo o ejercicio laborioso y metódico atañedero a esa educación física y moral que Jenofonte acaba de mostrarnos... Ascé-

tico fue, por tanto, el propósito de los griegos al exaltar la gimnasia, y si no les fue dado atinar con la última perfección que se consuma en el reino sobrenatural ultrahumano, quédeles el mérito de haber enaltecido en el orden puramente natural esta hechura de Dios, que fue postrimera en la creación para que compendiase toda la beldad y la fuerza esparcida por el Universo.

Si ahora queréis ver hasta dónde se alzó esta ascética de los juegos y deportes, verdadero culto del hombre, echad los ojos sobre una de tántas figuraciones de Perceo e interpretad sus formas y ademanes: "Soy un vencedor —parece decir— y llevo en la frente el resplandor de la heredada majestad de Zeus; soy pronóstico vivo de conquistadores, prenuncio de los artífices de libertad y adelantado de caballeros; en la serenidad de mis proezas adivináis un anticipado desdén de los peligros; tengo por blasón la cabeza de Medusa y ahora la levanto para que vaya a campear en el escudo de Atenea. De la hirviente sangre de la furia nacerá el caballo alado, fiel a los poetas, corcel relampagueante que me llevará en pos de todo lo glorioso, lo noble y lo divino. Castigaré la inhospitalaria soberbia de Atlas, arrebataré las pomas de oro en el jardín de las Hespérides y encontraré en Andrómeda la última sanción del heroísmo que es energía radiante, soberana y benéfica.

Heroísmo y héroes, eso es señores, lo que sacó Gre-

cia de sus Gimnasios, circos y palestras, que fueron por cierto escuelas de lealtad cívica y de ciudadanía aventajada donde sólo se admitían hombres libres y sin afrenta de infamia o de castigo; tales, en fin, que al presentarse en los juegos olímpicos se mostraran como acabadísimos dechados de la nacionalidad helénica. Muy otras eran las turbas de jayanes y atletas de profesión que divertían al pueblo; y erraría en grande quien imaginara encontrar en ellos el prototipo de la gimnasia griega; que si la escultura los estigmatizó copiando sus semblantes desprovistos de toda lumbre interior y a veces francamente bestiales, Eurípides acudió también a zaherirlos con duro sarcasmo y vilipendio. Nó; en los dominios de Apolo y de Minerva no era lo mismo asistir a las olimpíadas y aplaudir la destreza o habilidad mercenarias o brutales, buenas cuando más para servir de pasto a la novelería. No era lo mismo quebrarse de risa ante las bofetadas estúpidas, el crujir de los huesos, las carnes maguIladas, los miembros rotos y las caras deshechas, o juntarse, poseídos todos de un no igualado espíritu nacional, a celebrar las fiestas panhelénicas en que los juegos y deportes ponían de presente las reservas de gloria y las promesas de imperio que Grecia custodiaba en el ánimo y bríos de su mocedad. Por eso la gimnasia llegó como a seducir y a encadenar el ánimo de aquella nación con tanto hechizo y variedad de sentimientos, que a juicio de Grote, sirvió de

contrapeso a la desunión política y mantuvo entre ciudades apartadas, carcomidas por rivalidades y querellas, un lazo de fraternidad, un vínculo de simpatía, y un fundamento de unión que las salvó de despeñarse en lamentable y prematura ruina.

Este es el momento de preguntarnos si será posible que la gimnasia logre entre nosotros algo siquiera de lo que pudo en la tierra clásica del laurel y del olivo; donde Glauco y las Greas simbolizaran las profundidades opalinas del mar y su espuma inconsistente; donde Hermes, el del áureo caduceo, que abría y cerraba los ojos de los mortales fue figura de la nube sutil que sirve de pestaña al sol poniente; donde Atenas rememora el hondo azul del cielo; donde los ríos que caminan haciendo giros sinuosos y ondulantes tomaron vida y cuerpo en las náyades y ninfas...

Pero, despidámonos ya de estas reminiscencias... A la pregunta que nos hemos hecho responden en gran parte las disposiciones que en hora buena han dictado los supremos poderes sobre educación física nacional; falta que sepamos cumplirlos según la letra y según el espíritu, y éste no puede aprenderse sino en la antigüedad helénica. La nación inglesa hace siglos lo viene interpretando y aplicando con patentes y benéficos efectos que han contribuído como nadie ignora, a precisar y fijar el carácter de aquella noble raza. Otro tanto desearíamos alcanzar y lo alcanzaremos, Dios mediante, si no falsea-

mos el verdadero sentido del deporte y de la gimnasia.

Lo falsearíamos indudablemente cuando, mermándoles alcance, convirtiéramos los ejercicios corporales en un sistema de exhibiciones aisladas, capaces de dar momentánea satisfacción, apariencia de triunfo y fama de superioridad a unas pocas personas o grupos que sólo atienden seguir los antojos de una moda tornadiza y alborotada. Y lo falsearíamos también cuando no viéramos en el deporte sino una pesadumbre que se sufre con displicencia y se evita con maña y se atisba con recelo. porque combate y sacude el marasmo y la inacción que a veces nos amilana y poltroniza en plena juventud.

Apártase de tales extremos la gimnasia legítima que, dentro del ritmo y belleza de los movimientos y actitudes propias de cada juego, engendra múltiples sorpresas, acciones y reacciones, ímpetus y escapes, empeños e intereses que descubren y multiplican recónditas energías somáticas que son el campo más propicio y el estímulo más natural para que se desenvuelvan y eduquen esotras energías propiamente humanas que se llaman lealtad, franqueza y valor; sangre fría, impavidez, compañerismo, dominio de sí mismo, autoridad, atención, disciplina, juego limpio, invención, capacidad de sufrir una derrota sin despecho ni desaliento; cortesanía en la lucha, elegancia en el desafío y dignidad en la victoria.

¡Qué otra fuera la vida social cnaudo imperaran en ella estas virtudes y no las tortuosas y aleves maquinaciones, los solapados recursos y la cobarde venganza a espaldas vueltas que prenden tan fácilmente en una vida sedentaria que nunca jamás probó el deleite del contraste leal, a cielo abierto y con el sol bien partido!

El hombre se estraga no tanto con las inevitables contradicciones que apareja la vida cuotidiana, cuanto con el pesimismo y amarguras que de puertas adentro nutre y fomenta. Somos—¡quién lo creyera!— hábiles más que Terencio en realizar el tipo del que a sí propio se atormenta, y esa mala disposición, acogedora fácil de sospechas y prejuicios, de insanos temores y de posibles hostilidades, se remediaría en gran parte cuando desde muchachos aprendiéramos el arte de luchar y vencer. Grecia lo practicó en sus gimnasias y ese es el secreto de la sonrisa que embalsama por igual los semblantes que aun decoran los frontones de Egina. Allí conservan ese gesto de espiritualidad y de decoro, lo mismo la diosa que preside la contienda, que los membrudos combatientes, las víctimas agonizantes y el cadáver de Patroclo. Sonrisa enigmática, trasunto de inmortalidad, juzgamiento misterioso y tácito de hombres y de cosas, que hace pensar en una de las más antiguas sonrisas de la tierra, en la sonrisa mezclada de lágrimas que Homero, el inventor universal, puso en la patética Andrómaca cuando en

el VI canto de la **Ilíada**, la cola de caballo que ondea en el casco de Héctor amedrenta al pequeñito Astyanacte. Andrómaca, la de marmóreos brazos, sonríe allí, suprema caricia al héroe que se apresta al combate y a la muerte. Así sonríen los luchadores de Egina, unos con alegría de triunfo, otros con sabor de agonía, otros con sosiego de muerte; sonrisa unánime ante la vida que pasa y la verdad que perdura!

Señores:

No es imposible que, oyendo estas laudes de la gimnasia helénica, las juzguéis excesivas y acaso también inconvenientes por pareceros que encierran alguna manera de rehabilitación del paganismo y de las perversas costumbres que lo afearon. Os ruego que no sentenciéis este pleito a la ligera, porque podrían saliros al encuentro S. Basilio y S. Agustín, estimadores exquisitos de la cultura antigua, que cuidaron de enriquecer la civilización cristiana, trasladando a ella las preseas con que justamente se enorgullecieron los gentiles. "No penséis —dice el Hiponense— que los paganos sólo tienen fingidas y supersticiosas invenciones, guardan también óptimas disciplinas de que es justo apoderarnos para emplearlas santamente en servicio de la verdad del Evangelio."

Pero mucho antes que ellos existió Pablo de Tarso, explorador divino del alma griega, peregrino de

la Hélade, anunciador de una sabiduría que con ser tan excelsa no desdeñaba mezclar en sus revelaciones el centelleo de los versos enjoyados en que canta un poeta el celestial linaje de los hombres. Y Pablo de Tarso, pasando por Grecia, vio los circos y palestras, supo de los luchadores y gimnastas, puso oído a las crónicas agonísticas, celebró la abstinencia de los héroes del estadio, y dejó que enjambraran en su mente los recuerdos de las soberbias fiestas panhelénicas, para forjar con todo ello una imagen que fuera aguijón e incentivo para la corona incorruptible.

INDICE







ELOCUENCIA

N.° 77

BOGOTA
EDITORIAL MINERVA, S. A.
1936





